Crónicas pandémicas

TALLER DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN
Escuela IDAES | UNSAM

Comisión 3 (Turno Mañana)
Docente: Mauro Vázquez. Adscripta: Denise Pipponzi Vicino

Escuela IDAES
UNSAM

Con el espíritu de agudizar el sentido de escucha y observación, aprovechando los estados de sensibilidad y emoción que la "nueva normalidad" despierta, lxs docentes del Taller de *Escritura y Argumentac*ión, materia de primer año de las Licenciaturas en Antropología Social y Cultural y Sociología de Escuela IDAES | UNSAM, convocaron a sus estudiantes a escribir crónicas pandémicas. El resultado de esta experiencia de encuentro y reflexión colectiva a partir de la escritura y reescritura, es la publicación de estos textos en una serie de cuadernillos, compilado y editado por lxs docentes de distintas comisiones, que se irán entregando periódicamente. Aquí se presenta el sexto número de Crónicas pandémicas coordinado por Mauro Vázquez.

CRÓNICAS PANDÉMICAS

Mauro Vázquez Y Denise Pipponzi Vicino (Ed.)
Federica Monte
Leandro Ocampo
Leonardo Fabio Oliva
Ángeles Pereyra
Zoe Ainara Perez Mari
Victoria Piczman
Sara Isabel Rueco Antúnez
Paula Ruiz
Viviana Seguin
Mora Spatz
Sol Suárez
Jennifer Toledo
Melissa Wonner

© 2021, de cada autor por su texto.
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Escuela IDAES | UNSAM

ÍNDICE

Introducción por Mauro Vázquez

TIEMPO
La pandemia y el miedo de Viviana Seguin
Soltar un cuerpo de Victoria Piczman
Cruzó la avenida de Sara Isabel Rueco Antúnez

DISTANCIAS
Un regalo que es pensamiento de Mora Spatz
¿Por qué todavía no sonó el teléfono? de Federica Monte

MOVIMIENTOS
Ser trans en época de pandemia: La burocracia que legitima la falta de derechos de Zoe Ainara Perez Mari
Un abrazo en pandemia de Sol Suárez

DESCONCIERTOS
Golpe de realidad de Leandro Ocampo
Cambios e incertidumbres de Leonardo Fabio Oliva

ESPACIOS
La plaza de Pappo de Jennifer Toledo
(Re) organizar la vida en pandemia de Paula Ruiz
El reencuentro con el hogar de Melissa Wonner

COTIDIANEIDAD
Los protocolos de la vida de Ángeles Pereyra

INTRODUCCIÓN

Por Mauro Vázquez

Salgo tan rápido y sorprendido del laburo que me olvido el casco. Ocho meses se quedó ahí. En el trabajo nos habían mandado a casa al mediodía, sin saber decirnos si al otro día íbamos a volver. Se rumoreaba mucho que se venía la cuarentena. Ese mismo día, en cualquier momento, en cualquier lugar. Me había mudado recientemente y no tenía frazadas. Paso por lo de Ceci a buscar una. Conversamos angustias y risas un rato. Me da un alcohol en gel y me voy con el atardecer triste. Todos los supermercados tienen largas filas, y las calles están llenas de gente. Entro a mi casa, y, sin mediar nada, empiezo a vivir ahí todo el día, todos los días, sin saber hasta cuándo.

No veo ningún ser humano en unas 40 horas. De la ciudad solo siento ruidos. No tengo balcón sino dos patios internos, a los que dan los departamentos de al lado y de arriba. A veinte o treinta metros está la autopista. Así que lo primero, y constante, que escucho es la estela sonora que dejan los coches al pasar. Está más pausada que habitualmente. Podés saborearla. Escucharlos venir e irse. Por la noche, si escucho una seguidilla de ruidos en la autopista me imagino un convoy del ejército llevando cadáveres y pienso en muertes masivas, represión, golpes de estado, zombis, desabastecimiento, extraterrestres.

Pero también escucho a los vecinos. Los de arriba. Sé todo de ellos. Sus nombres, sus maneras de llamarse y su incesante pelea. Tienen, por ejemplo, a la hora de pelearse, una íntima y compartida manera de decirse: repiten frases intercaladas.

- Siempre gastando
- ¿Cuándo?
- Siempre gastando
- ¿Cuándo?
- Siempre gastando
- ¿Cuándo?

Hasta que uno de los dos encuentra el hilo hacia otra queja o defensa, y comienza el diálogo tartamudeante otra vez. Se están separando, o ya están separados, pero la cuarentena decidieron pasarla juntos. No sé si para volver o para no volver nunca más. Para mis vecinos la cuarentena parece una prueba. O un lugar de transformación. La siento a ella batir crema. Qué sonido tan sabroso. A lo lejos, escucho los balcones aplaudir.

Maruca baldea la vereda y la entrada al pasillo que conecta Rincón y Sarandí y bordea la subida a la autopista. Una vecina pasa, la saluda y le dice algo. “Ya no. Ya no estoy para eso. El Señor ya tiene mi nombre anotado en el hueco de su mano”, le contesta. Y repite la frase varias veces, en letanía. Maruca atiende un raro negocio al lado del pasillo, sobre Rincón, casi techado por la autopista; una suerte de kiosko atiborrado de cosas, juguetes, herramientas y años. Porque a lo que vende Maruca parece no importante la edad ni el tiempo. Un lugar que convoca a los hallazgos. Riega las plantas del pasillo, que parecen suyas, y le dice a la vecina: “mirá la mierda”. El pasillo se convirtió en un cagadero de perros.

La mierda se acumula en capas y colores, y olores, como si a nadie le importase el pasillo como un camino. Son las primeras personas que veo.

La fábrica de pastas está cerrada: así me entero que es 24 de marzo. La ciudad está llena de ausencias, silencios, rumores, mierda y policías. A partir de allí voy a pasar siete meses en mi casa, sin viajar, sin ir a la Universidad, a comer afuera, a jugar al fútbol; caminaré una ciudad vacía y silenciosa; conoceré clínicas y al PAMI, mientras me convierto en enfermero de mis padres; una noche de julio, en una morgue en Burzaco, un empleado de seguridad me dará la ropa de mi viejo mientras me lo hace reconocer, a él, envuelto en una bolsa negra: voy a perder totalmente el olfato días después, sin que vuelva nunca más del todo; voy a mirarme todos los programas del show musical británico Top of The Pops del año 1981, rastreando los orígenes del synth-pop; abrazaré a escondidas; y, entre muchas otras cosas más, daré clases sobre escritura académica en una universidad pública, por zoom, desde mi casa. En medio de ese desconcierto sensorial y existencial que duró varios meses, comenzamos a charlar semanalmente sobre crónica con estudiantes de la materia Escritura y Argumentación de la UNSAM. Y charlamos y escribimos acerca de ruidos, voces, gestos, imágenes, sueños, olores, miedos, sorpresas, detalles, sentimientos, chismes, texturas, dolores. Estar encerradxs nos fomentó el hábito de atender a nuestros sentidos, nuestras percepciones, como condición de la escritura. Dos años seguidos. Varios cuatrimestres. A través de varias oleadas de contagios.

...

La primera clase recuerdo que la di caminando mientras miraba el celular. “Profe, nos mareamos”, me dijeron. Tenía la necesidad de moverme: siete meses sin jugar al fútbol iba a pasar. Mi cuerpo me profetizaba una tremenda ansiedad. Se sentía limitado. En esos encuentros nos propusimos intentar narrar esos encierros, nuestras cotidianeidades, las de la ciudad, las de los barrios. Esa fue la propuesta práctica, y evaluativa, de la materia: hacer una crónica sobre la pandemia. Contarlo, en las clases, y escribirlo. Narrar eso que nos había sorprendido, practicar la crónica con esas sensaciones y experiencias nuevas, ensayar las descripciones y las imágenes que conectan las partes con los todos, y entrenar nuestras observaciones, nuestras miradas, incluso sobre aquello difícil de nombrar.

Las experiencias que conforman este compilado fueron escritas durante 2021. La pandemia ya tenía tradición, costumbres, historia, pasado, instituciones. No era una sorpresa, un hallazgo o algo repentino sino una densidad de experiencias nacidas en lo nuevo pero ya organizadas y previsibles. Qué narro, cómo, para qué, ¿vale la pena? Durante el aislamiento el hogar se transformó en el centro de nuestras vidas. Sin embargo, las crónicas que siguen intentaron reconstruir los vínculos de ese espacio centralizador con todo lo demás, con el barrio, las plazas, las luchas, las escuelas, los viajes, la ciudad. Escribir lo social no es fácil, y menos en esta época de pura excepcionalidad, pero las crónicas que siguen lo buscaron, miraron, tuvieron paciencia, distancia y sentir, y fueron fruto de ese encuentro sensible y detallado con lo social.

...

En primer lugar, tenemos aquellos textos que narraron la experiencia de quienes fueron las principales víctimas del COVID-19: lxs adultxs mayores. Viviana Seguin reconstruye el transitar del miedo por una ciudad, Mar del Plata, poblada por muchas personas mayores. Sus aislamientos, ausencias, y temores, que las describe en paralelo con la ciudad, dándole

una interesante forma a ésta última. Victoria Piczman reencuentra a un abuelo con su nieta, tras meses de encierro. El abandono y el resurgir se unen en sus charlas, en el volver a un hogar y en el volver a la calle. Sara Isabel Rueco Antúnez, finalmente, se detiene en un simple hecho: el retorno de un hombre de setenta años a su casa desde un bar, en una noche ventosa, en plena pandemia, perseguido por sus recuerdos y miedos. En los tres, el tiempo, central, parece no seguir una línea clara, como pasó durante la cuarentena.

En segundo término, también tenemos el distanciamiento. La crónica de Mora Spatz se propone sentir esa experiencia en un grupo de amigas, a través de sus reencuentros, en sus vidas cotidianas y en el sentir de novedosos desplazamientos. Federica Monte, por otro lado, repone la antítesis: la distancia del encierro. De repente, el contacto digital a distancia empieza a configurar la vida, los amores, lo cotidiano.

El 2021 volvió costumbre una gran ausencia del año anterior: el movimiento. Salir, reencontrarse, reunirse, abrazarse. Zoe Ainara Perez Mari sigue el caminar de Susana, una militante de la Asociación de Mujeres trans, lesbianas, bisexuales y no binaries del barrio Loma Hermosa. Camina por su barrio mientras rememora sus luchas, las discriminaciones y las violencias cotidianas. Sol Suárez, por su lado, reconstruye el viaje de dos docentes de artes visuales a un taller de educación popular en un barrio de Lomas de Zamora. Y ahí las sorprenden los abrazos, el fútbol y los audiovisuales.

La pandemia también fue un momento desconcertante. Alta incertidumbre. Leandro Ocampo la encuentra en un joven que se enferma de COVID-19. Leonardo Fabio Oliva hace algo similar pero a través de un niño del Barrio Phillips, en Escobar, que ve cómo se transforma su barrio, su vida, su escuela, y su familia, por la pandemia.

Lo que se transformó también fue el espacio; el público y el privado. Jennifer Toledo encuentra eso en una plaza de barrio; y para ello, incluso, recurre a la historia y al pasado, para poner en diacronía lo que la pandemia hizo con el habitar lo público. Paula Ruíz hace algo similar pero con una casa, una familia y sus vínculos. De qué se trata el espacio privado cuando las conexiones al afuera quedan tan achicadas que parecen reducirse a una pantalla de computadora o celular.

Finalmente, lo que experimentamos soberanamente distinto fue nuestra vida cotidiana. Melissa Wonner propone un experimento: narrar diferentes escenas, extrañezas, de la pandemia a través de diferentes personas. Una mujer y su jardín; una joven y sus compras por Internet; o un joven y sus noches sin fin delante de una computadora. Ángeles Pereyra, por otro lado, sigue la pista de los protocolos, de cómo transformaron la vida cotidiana pero también de cómo está los volvió cuerpo.

TIEMPO

LA PANDEMIA Y EL MIEDO

Viviana Seguin

El jueves 12 de marzo del año 2020 se había confirmado el primer caso de COVID en Mar del Plata. Se trataba de un hombre de 71 años recién llegado de España que, doce días después, se convirtió en el primer fallecido en la ciudad. La tercera ciudad del mundo con más jubilados y no estaba preparada para esto. Ese mismo día se suspendieron los espectáculos masivos sólo por prevención y aunque quedaban aún turistas rezagados en la playa, todo parecía distinto en esa ciudad que siempre estaba de vacaciones. Finalmente el 20 de marzo, a nivel nacional, comenzó la cuarentena estricta. ASPO: aislamiento social, preventivo obligatorio.

Eddi volvía del súper buscando sin suerte los recuerdos de una Bristol colmada de curiosos personajes que habían habitado hasta hacía poco ese predio exclusivo, esas calles llenas de chicos cubiertos de arena, vendedores de barquillos o chucherías, música, olor a bronceador y el casino a pleno. Lo único que encontró camino a su casa fueron negocios cerrados en el ocaso de un verano aún sofocante. El viento costero y la bruma marina la siguieron por la peatonal San Martín. Con 76 años a cuestas, el fantasma del primer fallecido por COVID fue la única compañía que aceptó resignada.

Eddi, viuda hace casi 20 años, pensaba y creía, como todos en un principio, que el nexo de contagio era a través de los que venían del extranjero, del personal de salud o contacto. Estar en casa, entonces, era tener el control, y, sin pensar que esos 15 días se convertirían en un año, se encerró.

...

Contados de a uno, los contagiados de covid llegaron a un total de 53 casos al principio de julio; pero a finales de ese mes, "La Feliz" apareció vacía. Todo se había salido de control y lo sospechado se hizo realidad. Era el punto de inicio de un brote que, casi llegando a agosto, mostraba una rambla vacía, desde los legendarios lobos marinos hasta el Cristo que vigila en el puerto, solo con algún joven peatón a paso apurado, con barbijo.

En el apuro por llegar pronto a casa del súper (su única salida) el barbijo la ahogaba y le quitaba el aire apestado de yodo y alcohol. Abrir la puerta del edificio era ahora un ritual, parecido a nadar tres mil metros en el mar contra la corriente como lo hacía en su juventud, pero sin el placer de las olas pegándole en el rostro. Era moverse con poco oxígeno, filtrado por la tela del barbijo hecho a mano, la máscara y los lentes. Buscaba las llaves, las tocaba con la punta de los dedos transpirados por la lucha y abría la cerradura, empujaba la puerta, hasta entrar al hall que hacía eco y frente a los ascensores, que ahora esquivaba para no tocar nada. "Gracias a Dios", pensaba, "la puerta se cierra sola".

Arrastraba el changuito saturado con botellas de lavandina, de alcohol y alimentos calculados para quince días de subsistencia, porque eso era lo que hacía, subsistir. Subía una escalera que después de cinco meses parecía haber duplicado los escalones. En el silencio del último pasillo estaba la entrada a su trinchera que abría con el mismo ritual. Para ella, salir al frente y volver contra reloj era la táctica y la estrategia para no contagiarse

y morir. Descalza iba vaciando el chango en la puerta del lado de afuera, cargando de a una cosa hasta la cocina con la máscara y el barbijo puestos.

Recién vacío el chango, lo levantaba en el aire hasta el lavadero, lejos, donde ya no lo viera más. Luego de desinfectar cada producto, o dejar las verduras en remojo con dos gotitas de cloro, lavaba sus manos durante el tiempo que lleva cantar siete veces el feliz cumpleaños. Recién entonces se quitaba la máscara, el barbijo y se sentaba a esperar que los latidos del corazón calmaran para tomar coraje, quitarse la ropa, bañarse a conciencia y volver a vestirse con ropa limpia, lavada y secada al sol. Lo mismo que haría con la ropa que se acababa de quitar.

Eddi salía al supermercado a las 8 de la mañana, lista para la carrera contra reloj y el tiempo valioso que hay que robar a la muerte; tan temprano como se pueda, antes que los infectados asintomáticos invadan Disco o el cajero automático. La farmacia era otro campo de batalla donde la fila de personas posiblemente contagiadas empezaba en la puerta y ocupaba media cuadra. Lidiaba con el equipo de defensa en el rostro, con lentes, y su arma, el alcohol, imaginando que a menos tiempo el bicho no la alcanzaría. Cruzaba de vereda si algún desubicado deambulaba sin barbijo y fumando. Si tosía o estornudaba entraba en pánico.

...

En agosto, que acrecentó su miedo vertiginosamente, los casos se empezaron a contar de a cien cada día y en septiembre, el mes más crítico en la ciudad, se triplicó a trescientos, llegando al punto máximo de 477 en un día. El mes más crítico de su vida, todos los años, desde que falleció su marido el 11 de septiembre del 2001. Junto a las Torres Gemelas también se derrumbó su vida entonces, y ahora otra vez.

Durante esos meses de cuarentena, Eddi se sentaba a dialogar con su marido muerto y con amigos que ya no estaban, en una suerte de terapia imaginaria, entre sus muebles viejos comprados de los remates de la época de vacas gordas, fotos enmarcadas de todos los tiempos con recuerdos de eso que llamaba vida, y que, concluía amargamente, ya no tendría jamás. Veía toda esa cantidad de tiempo pasar en ráfagas, desvaneciendo su vida como en cuenta regresiva.

Así era cómo, en el frío de la tarde y con las ventanas aún abiertas, la cama o el sillón Luis XV eran, tal vez, la única compañía además del televisor fijo en el noticiero, que avisaba si algo había cambiado, menos muertos o menos contagiados, un alivio que nunca llegaba.

...

Los dolores de la edad no le convencían de ir al médico: un consultorio representaba otro frente de batalla con bombas invisibles pero no sordas. Los médicos y las enfermeras estaban en la primera línea, que peleaban cuerpo a cuerpo con un virus desconocido y pocos recursos. Pero también estaban los mayores de setenta y ochenta años considerados de riesgo. Jubilados que habían elegido esa ciudad, soñada en sus años jóvenes, como el

lugar para transitar su vejez a pesar del frío y del viento durante casi todo el año. Tenían todo cerca y a pié. Los bares y restaurantes en la esquina o en la puerta, el mar y la rambla a tres cuadras, que en invierno, abrigados hasta la cabeza, los hacía dueños y parte del paisaje. Esos que iban al mercado a la mañana y se sentaban en los bancos de la peatonal a tomar sol y contar costillas ajenas a cualquier hora, ya no estaban más. Fueron el 30 % de los fallecidos en la ciudad de Mar del Plata.

El antes estaba desdibujado y en el presente, amargo, sobraba soledad y añoranza por volver a verse con los amigos que aún estaban. Entre los sobrevivientes quedaba Benito, ese encantador amigo de más de ochenta años que tenía un novio tucumano de 40, con el que compartía sólo los veranos. María Rosa con su hijo Gustavo, discapacitado que a duras penas caminaba para encargarse de las compras y de todo lo que ahora se había transformado en virtual y computarizado. Y su gato. Chali, la que siempre que la buscabas estaba tomando café en La Fonte D´oro o en la Catedral, asistiendo a los desamparados sin techo ni ropa pero con el hambre a cuestas. Ahora, ya no había que buscarla. Estaba atrincherada bajo siete llaves, alejada de sus nietos y de sus hijos, usando el teléfono fijo para pedirles las provisiones que necesitaba. También lo usaba para pelear con el hijo que la llamaba desde Salta o el otro que la llamaba desde Estambul, porque no quería vacunarse. Chali no salía ni al balcón, mucho menos al súper.

Todos estaban solos, y en esa soledad les llegaba la parca en pandemia, como le llegó a Franca, mientras esperaba su diálisis. El virus le dió apenas tres días. Los encargados de los edificios ahora tenían otro encargo. Tomar presente a los changuitos y barbijos que bajaban muy temprano en la mañana y si había algún ausente, llamar a la ambulancia. Como pasó con Franca.

Igual que sus amigos, Eddi jamás accedió a un celular: el teléfono fijo era el único contacto sin rostro que tenía con su familia de Buenos Aires, y ahora con todos. Porque en la "Fase" que sea, tampoco recibiría a ninguno. Lo atendía siempre después de varios ring, mientras sudaba, por si la voz del otro lado le decía, llorando a viva voz otra vez, que algún amigo ya no estaba en ninguna parte. Le fueron quedando pocos de los que compartían sus días de descanso en la misma carpa de la playa, el mismo espigón detrás de la soga o en el restaurante de cada semana.

...

Al iniciar noviembre, los casos de contagios descendieron a 200 por día y cuando a fin de mes llegaron a ser 100, el día 29 el gobierno anunció la apertura de la temporada a partir del 1 de diciembre, con una llamada "fase 5". Muchos protocolos, cuidados y prevenciones. Los dueños de bares o restaurantes, lejos del temor y a la espera de ver dinero, autorizados por el gobierno nacional, detrás del barbijo, volvieron a abrir sus puertas, que habían estado cerradas por meses, las mesas listas, con el alcohol en el centro que reemplazaba las flores de otro tiempo. Podían después de tantas protestas, abrir durante toda la noche.

A mediados de diciembre, salir a la calle se convirtió en una pesadilla más grande que la del noticiero, fijo en las pantallas: "esta primera semana fueron confirmados nuevos casos de COVID-19. En las últimas 24 horas, se notificaron 151 nuevas muertes". Pasar a "fase 4" era sólo que los negocios tuvieran restricciones nocturnas entre la 1 y las 6 de la mañana. Eddie se encerró tanto que le faltó el aire, se olvidó del mar y la rambla. Sintió miedo a salir

al aire que ya no era libre. “Agorafobia”, le diagnosticó un amigo. Sentada en la ventana, veía el televisor encendido en el mismo canal del noticiero que mostraba a los 381.092 turistas entrando a Mar del Plata. Además de mugre en las calles, rambla y playa, ahora también dejaban hospitales saturados de gente contagiada o reguera de muertos.

Para el marplatense el turista siempre fue “un mal necesario”, pero ahora este dicho sonaba más fuerte. En febrero empezaron a bajar otra vez los casos, y la vacuna se convirtió en la nueva meta de Eddi para salir a la calle, que llegó finalmente a Mar del Plata desde India. Las primeras 3 mil dosis de Covishield se destinaron al personal de salud y a todos los adultos de geriátricos que se habían anotado, luego los iban llamando para asegurar la asistencia al lugar y la vacuna no fuera desechada. Para sorpresa de Eddi, hubo personas que elegían no vacunarse. Así que siguió esperando hasta que llegó la tercera tanda de otras 3 mil dosis de vacunas pero de China, la Sinopharm, y el 7 de abril, el hijo de su amiga le regaló la noticia: ella y su amiga María Rosa estaban anotadas.

El 12 de abril, feliz y vestida con el equipo protector, caminó 5 cuadras hasta el “Centro Eva Perón” para aplicarse la vacuna China. Sinopharm. Cuando volvió a su casa, levantó el teléfono, como un símbolo de festejo igualado a un brindis, y marcó el número de Benito.

- Te llamo para contarte que ya estoy vacunada y me siento bien. Sólo caminé 5 cuadras -le aclaró Eddi antes que Benito dijera nada.
- ¡No lo puedo creer! -contestó atónito Benito

Después de 15 días, llamaron a María Rosa para vacunarse con la Sputnik V. Otra vez el llamado.
- ¿Sabes Beni? María Rosa tuvo que pagar un taxi hasta “Cerenil” -un centro de rehabilitación gratuito en la ruta número 88 que va a Necochea- ¡Si vive aquí en la esquina! ¿Quién asigna los turnos?
- ¿Cuál es el problema? -le dijo Benito.
- Es que a ella además, le dieron la Sputnik V. Y a mí la Sinopharm, que sólo cubre un 60% recién cuando me den la segunda dosis, si es que me la dan.

Para su gran sorpresa, a finales de abril, llamado de por medio para confirmar su asistencia, ya tenía su segunda dosis de Sinopharm colocada.
- ¿Cómo te sentís? -le preguntó Benito al otro lado del teléfono.
- Esta vez me siento muy mal. El cuerpo no me respondía, así que después de caminar esas cuadras, tuve que tomar el ascensor -contestó Eddi, agitada, desde la cama, inalámbrico en mano.
- ¿Querés que vaya a ayudarte en algo? ¿Qué necesitas?
- ¡No! No quiero que nadie entre a mi casa. El virus ataca igual, nada me garantiza estar entre el porcentaje de los que no se mueren.

...

En un año y un mes, Mar del Plata lleva 1885 muertos, anunciaba el noticiero siempre fijo en la pantalla del televisor del dormitorio. Más de un año en pausa dentro de su casa. Arrojó su vida afuera, por miedo a que faltara el aire en una sala de terapia intensiva si hubiera lugar, con un bicho tapando los bronquios. No importaba si estaba sola, porque eso no era opción. El porcentaje más alto de muertos por COVID siguen siendo los mayores de 80 años, seguidos por los que tienen entre 70 y 79 años.

Mar del Plata, la tercera ciudad con mayor población de jubilados, seguía sin estar preparada para aquellos que la habían elegido para vivir sus últimos años o para los que la eligieron en su juventud, como lo había hecho Eddi. Las salas de terapia no tienen una sola cama. La peatonal, la rambla y la playa no tienen ni un sólo adulto mayor. Ningún turista maleducado o respetuoso, ni ningún vendedor ambulante. Nada de música de tango o folklore como hubo siempre durante sus caminatas. Se los había tragado la tierra o los había borrado el mismo miedo que borró a los jubilados.

SOLTAR UN CUERPO

Victoria Piczman

Mauricio tiene 86 años. Su papá llegó de Polonia después de la Primera Guerra Mundial. Sus abuelos morirían unos años después en un campo de concentración a las afueras de Varsovia. Mauricio nació y se crió en el barrio de La Paternal en Buenos Aires. Hincha de Atlanta, tiene un local/taller de cajas de velocidad llamado "El Bohemio". Mauricio trabajó sin parar casi todos los días de su vida, hasta el 19 de marzo de 2020, que fue el último día antes de que se declarara la emergencia sanitaria y que por decreto se prohibiera la circulación de la gente "no esencial" en la calle, haciendo especial hincapié en el cuidado de los adultos mayores.

Corina entra al departamento de Mauricio por primera vez en octubre, luego de siete meses de no visitarlo. La casa se encuentra completamente a oscuras: las persianas bajas, las cortinas cerradas. Muchas cajas acumuladas interfiriendo el paso y la circulación. Libros, diarios, papeles y revistas amontonados en las esquinas. Polvo en las superficies. Esa casa que supo brillar en todo su esplendor, recibir amigxs y familia, ser lugar de encuentro y festejo, hoy pareciera ser territorio en decadencia.

Lo primero que hace Corina es abrir puertas y ventanas, airear, dejar que entre la luz. Al fondo del pasillo escucha el sonido de la tele y camina en esa dirección. El cuarto tiene las persianas entreabiertas, por la ventana entra una luz de mediodía preciosa, que imprime los reflejos de la persiana en la pared. La cama está deshecha. La mesa de luz toda desordenada, todavía con el velador prendido, varias botellas de agua vacías, cajas de medicamentos abiertas con los blisters desparramados. Dos banquitos al lado de la cama con pilas de diarios y revistas viejos. Esquejes de potus en frascos esparcidos por todo el cuarto.

Mauricio sale del baño caminando lento. No se afeita hace ocho meses: su barba se parece a la de un hipster estudiante de cine, larga y frondosa. Tiene el pijama todavía puesto y el pantalón que se lo levanta cada dos por tres porque le queda grande. Cuando camina no levanta los pies, los arrastra. Corina saluda a su abuelo de lejos. Ninguno de los dos sabe bien qué hacer ni cómo comportarse frente a este distanciamiento social tan extraño y nuevo. Corina le pide que se ponga el barbijo y luego se acerca para abrazar a Mauricio por la espalda, sin que sus caras estén en contacto estrecho. Lo rocía todo con alcohol en spray. Abuelo y nieta se sientan en el balcón a almorzar. Hay puchero y duraznos en almíbar de postre.

- ¿Hace frío en la calle? –le pregunta Mauricio.
- Para nada... hace más frío acá que en la calle –contesta Corina.
- ¿Y hay mucha gente circulando?
- Un poco de gente hay, pero no tanto. Contame vos abu cómo estás. Quiero saber qué estuviste haciendo en este tiempo. Te extrañé mucho.
- Gracias, yo también.
- Bueno... ¿Y? ¿Cómo estás? ¿Aburrido? ¿Un poco depre?
- No, no, estoy bien, estuve bien todo este tiempo.

- ¿Y qué hiciste para entretenerte?
- Leí y miré la tele.
- La semana que viene si querés te puedo traer algunas películas buenas y algunas revistas de cine muy buenas que estuve leyendo que te pueden gustar.
- Dale, me gustaría.
- ¿Vamos a tomar un café al bar de la vuelta y de paso salís un poco?
- No, no, hoy no, mejor otro día.
- ¿Pero hace cuánto que no salís a la calle?
- Y desde marzo.
- No, dale, vestite y salimos, por lo menos media cuadra, que el aire fresco te de en la cara.
- No, no, no tengo ganas, mañana.
- Pero mañana no vengo. Estoy hoy acá con vos, dale, vamos.
- No, no, no quiero.

Corina vuelve a los días a visitar a su abuelo. Trae con ella una bolsa con algunas revistas de cine y varios dvds en cajas. Lo encuentra a Mauricio tomando sol en el balcón y leyendo el diario. Viste una camisa y un pantalón de jean. De fondo suena la radio clásica. La atmósfera de la casa ya vibra diferente.

Mauricio le propone a Corina salir a tomar un café. Luego de almorzar ambos salen en dirección al Nucha, a una cuadra y media de distancia. Una distancia que previo a la pandemia hacían en cuatro minutos, ahora les toma diez; es que Mauricio no había caminado más que de la cama al living en los últimos ocho meses y su debilidad muscular se notaba. Sin embargo, no deja de maravillar la observación que hace de su alrededor, como si estuviera viendo y viviendo muchas cosas por primera vez. Mauricio frena para ver los distintos frentes de las casas, observa la altura de los edificios, cada perro que pasa por al lado suyo. Cada tanto frena y se agarra de alguna baranda o reja para descansar, luego retoma la caminata y la observación. Una vez sentadxs en la mesa piden un café y unas medialunas. Mauricio comenta que hay muchas mujeres y pocos hombres "En diez mesas somos solamente tres hombres, el resto son todas mujeres, como quince mujeres, todas acá charlando".

Corina le propone a su abuelo dar una vuelta más antes de volver a la casa. Mauricio acepta y le pide que entonces caminen hacia el lado de la avenida para comprar un desodorante que le falta. Esta vez la atención de Mauricio va a estar puesta en el precio de las cosas. "¿Un desodorante $200 pesos?" "¡Qué cara ésta verdulería, no hay que comprar acá!" El paisaje de la avenida pareciera ser post-apocalíptico, o en realidad algo completamente nuevo que todavía no sabemos cómo llamar: locales cerrados, negocios vacíos, precios por las nubes. Gente caminando en la calle con uno, dos, tres barbijos; máscaras, gafas, mamelucos. El día se pone gris y una lluvia muy fina comienza a caer. Mauricio le pide a Corina emprender la vuelta.

Pensar en el cómo era antes, es casi un ejercicio que sale sin querer. Añorar esos días, esa libertad que ya no está.

- Antes salías a la calle, ibas con tus amigos al cine o caminabas. Los sábados en la calle corrientes, ir al teatro y después a comer una rica porción de pizza; luego entrar

a alguna librería a comprar un libro para leer durante el domingo. Arrancar la semana tomando un café con los chicos a la vuelta del negocio. Todo eso ya no existe. Estoy enclaustrado.

- ¿Te sentís enclaustrado?
- No, pero no salgo a la calle.
- Pero podrías salir un poco si quisieras... Las restricciones son mucho más flexibles y te vendría bien. ¿No te dan ganas de tomar un café con algún amigo por ejemplo?
- No, no... Hay que cuidarse... se está poniendo cada vez más jodido esto. Lo voy a llamar a coso, porque parece que tuvo...

Mauricio hace una pausa larga en silencio, se queda pensando mientras busca algo en el teléfono.

- ¿Quién estuvo con covid?
- Luis, estuvo internado como 5 días.
- ¿Y a Anita?
- Y Anita lo pasó en la casa y a él lo internaron.
- ¿Y está bien?
- Sí, ya está en la casa, pero dice que está muy dolorido.
- Bueno, pero por suerte está bien.
- Ay ay ay ay ay.
- ¿Y estaba vacunado?
- Sí, creo que sí.

Mauricio abre un frasco con vainillas, agarra una y la moja de a poco en su té mientras la va comiendo.

- Es muy jodido esto. Y después te quedan secuelas.
- ¿Estás asustado?

Corina repite varias veces la pregunta porque Mauricio parece no escuchar.

- No, ¿por qué?
- ¿Cómo porque? Por todo lo que está pasando, sería lógico que sientas miedo o angustia o ansiedad...
- No, no, yo me cuido, trato de no salir. Vamos a ver que pasa... Ya pronto volverá todo a la normalidad.

¿Pero que es en realidad la "normalidad"? Eso que tomamos como lo normal, lejos está de volver. Y cuando vuelva, será de otra forma, dentro de una nueva realidad. Porque ya nada es como era. La pandemia caló hondo y todxs hemos sido interpeladxs por ella de alguna manera u otra.

Es marzo de 2021 y Mauricio recibe un mensaje de parte del gobierno de la ciudad con un turno para vacunarse en los próximos días. Sin dudas, la llegada de las vacunas abre las

esperanzas y arroja un poco de luz entre tanta oscuridad. Es imposible pensar en volver a lo que fue una vez, pero sí de a poco retomar nuestros momentos y espacios de libertad.

CRUZÓ LA AVENIDA

Sara Isabel Rueco Antúnez

La tormenta le impedía maniobrar la bicicleta, así que decidió cruzar a pie mientras se preguntaba cómo fue que terminó colocándose esa campera mugrienta. En el permanente recuerdo de Eva, pensaba qué le diría al verlo así, sus desbordes de enojo, su mal olor.

No tenía dónde huir. Pronto se cumplirían tres años de la muerte de Eva. El recuerdo, otra vez el enojo, el volver a empezar. Se preguntaba de a ratos cómo volver a empezar en el ocaso de la vida. De todos modos, le molestaba la campera y ese olor nauseabundo acrecentado por la lluvia.

— Esta campera tiene covid —pensó.

Vagamente recordó a su amigo colocándosela entre estornudos y tos ahogada. Igual la necesitaba para volver a casa. La cruzada de la avenida se hacía interminable. Se decía para sus adentros que esa vez sería la última en el bar, tal y como lo hacía cada noche, cómo cada día, antes del aislamiento.

El viento azotaba mientras la noche se tragaba la visión del Puente Pueyrredón. El agua se mezclaba con el ahogo que le producían las lágrimas del desamor, de la soledad pandémica y Eva que ya no lo esperaba.

A pesar del amor huidizo y no correspondido que José le brindó, Eva fue incapaz de abandonarlo. Por eso se sentía seguro y culpable. Consideró que no huir era suficiente y aunque no lo fue, igual se quedó. De todos modos, Eva se fue antes y ese acto de ausencia para siempre, jamás estuvo en sus planes. Hubiera sido más fácil comprender el estallido de cualquier cosa. Pero no de su propia alma. Eso sí que era un abismo sin retorno. La pandemia ya llevaba cuatro meses asolando el mundo. Justo 2 años y 7 meses después de la muerte de Eva. Las paredes de la casa comenzaron a chorrear agua y frío. Soledad y frío mitigados por el alcohol. Su cuerpo temblaba cada noche y el miedo a morir dormía a su lado.

...

Esa noche interminable del mes de julio, José continuó cruzando también la interminable avenida. Nadie diría que con 75 años podría enfrentar esta tormenta. Pero estaba dispuesto a llegar a casa. José había cumplido con rigurosidad militante el protocolo dictado institucionalmente por los organismos de gestión de la pandemia ocasionada por la aparición de un nuevo coronavirus, y que el mundo todo denominó “aislamiento social, preventivo y obligatorio”. 4 largos meses sin salir hasta esa oscura noche.

El impacto del aislamiento en la psiquis de José le resultó adverso sin medidas. Era el plomero y gasista del barrio. Amaba su oficio, lo enaltecía y, sin lugar a dudas, era el mejor. José sólo quería comprender por qué lo encerraban. Desde ese estado de soledad que es la viudez, le costaba reflexionar y más aún, comprender esa “nueva normalidad” que le estaba

tocando vivir en el climax de su vejez. El bar y los amigos que hacían parte de su rutina anterior, se habían marchado. Desaparecido de la noche a la mañana, el mundo en el que era el protagonista absoluto.

La casa devenida en bar, donde se encontraban varias noches a la semana los amigos del barrio, quedaba a la vera del Riachuelo del lado de la ciudad, cruzando el viejo Puente Pueyrredón. Tenía un jardín muy cuidado, bancos artesanales y decoración de neumáticos pintados de colores, como maceteros para aquellos incipientes árboles. Se ingresaba por un patio descubierto donde estaba la parrilla, junto a mesas y sillas precarias. Hacia la izquierda había otra puerta por donde se ingresaba a una habitación con más mesas y sillas. El centro de esta escenografía eran las botellas de todo tipo, vacías y llenas.

El alcohol provocaba el ánimo verborrágico y alegre de la juntada, que a José le recordaba la bohemia montevideana. Para eso había nacido, para disfrutar con sus amigos y con la ironía de quien todo lo sabe, se burlaba del escaso conocimiento político y social de sus compañeros.

...

José cruzaba frecuentemente ese puente en su bici. Para ir a casa de una de sus hijas o al bar. En algún momento, su necesidad de ir luego de 4 meses de aislamiento, se tornó insoportable. Quería socializar, beber en compañía, hablar mal de su nuevos enemigos imaginarios, que lo habían encerrado. Quería volver a contar chistes, dar un abrazo, tener oídos que lo escuchen, ya que sus amigos lo consideraban un maestro.

En el viejo puente la policía bloqueaba el paso de transeúntes y de todo tipo de vehículo que intentara pasar. De noche y de día estaba la policía. José la empezó a odiar profundamente. —Las desiciones pandémicas y la vigilancia en el puente son mis enemigos —decía frecuentemente. Todo intento de explicarle que estas medidas eran tomadas por el bien colectivo hacían mella en la cabeza de José.

José se describía como un ser libre pensante y con determinación. Se consideraba un revolucionario y un escritor. Un poeta que aún no había escrito su obra póstuma. En un frío rincón le esperaba el escritorio abandonado, decorado con la máquina de escribir, hojas, fotos y viejos recuerdos. Pero el libro imaginario continuaba sólo en su cabeza.

Y José cruzó el puente aquella noche de Julio. Llegó trastabillando a la puerta de su casa. Con mucho esfuerzo subió la escalera oscura. La campera chorreaba agua, pero José ya no sentía más su mal olor. La fiebre, la tos, el dolor en el pecho, el recuerdo de Eva, la angustia incrustada y la humedad de las paredes.

Nada fue suficiente, ni el programa de atención médica, ni la desesperación de sus hijas, menos aún el novato Estado pandémico o su intento desesperado de asirse a los últimos recuerdos de su ser atleta, de su ser docente y bohemio. A José se lo llevó el virus la misma mañana del agónico invierno de agosto, aquella que anunciaba a primera hora lo que los signos y hechos ya decían, que era positivo para la reacción y tenía Covid-19.

Con él se fueron los secretos, misterios, sabiduría y la ilusión de conocer a Luna, la nueva nieta, y también a Catalina Sofía, la bisnieta. La genealogía que nos trasciende.
La historia de José se funde en otras tantas miles de historias de adultos mayores caídos en la pandemia. Héroes silenciosos, resistencia amorosa que nos antecede.

DISTANCIAS

UN REGALO QUE ES PENSAMIENTO

Mora Spatz

La primera vez que Mora se encontró con Emilia desde el comienzo de la pandemia fue el 27 de mayo del 2020. Mora había arrancado la cuarentena una semana antes que fuera obligatoria. El 14 de marzo había sido la última vez que se vieron, un ratito, en un café. Cuando no se sabía mucho de lo que estaba pasando pero se sabía que era algo malo. Sus últimos recuerdos juntas eran los de una fiesta del 7 de marzo en un boliche miniatura de Palermo al que Mora había decidido ir sobre la hora, casi como un augurio de que esa iba a ser la última de muchas cosas que podría hacer por un largo tiempo.

- Mora, no sé si ir a la fiesta.
- Yo tampoco, me da bastante fiaca y me queda re lejos de casa.
- No, boluda, a mí me da cosa el Covid.
- ¿Estás preocupada por eso? Hay re pocos casos, Emi.
- Sí, boluda, pero mirá si hay alguien en la fiesta que tiene.
- A mí no me preocupa, todavía no hay contagio comunitario.

"Ya son 8 los casos de coronavirus en el país y todos son importados", titulaba Clarín ese día. Ya se usaba la terminología que repetían los medios sin cesar: contacto estrecho, contagio comunitario, circulación del virus, paciente de riesgo, síntomas, epidemia, cuarentena, cantidad de muertos. 12 días después titularía: "Rige cuarentena obligatoria en todo el país".

Con dos meses de pandemia y encierro pesando sobre sus cuerpos, se reencontraron.

- Che gorda, vine a hacer unos trámites cerquita de tu casa, por San Telmo. Saqué permiso de circulación y todo. ¿No querés que nos veamos unos toques? Así por lo menos nos vemos las caras.
- ¡Ay! Sí, por favor
- Dale, voy caminando por tu calle desde la avenida y nos encontramos a medio camino

Se reconocieron de lejos, caminando por la misma vereda de la calle Bolívar, y gritaron y saltaron como hacían desde siempre. Emilia tenía puesto un barbijo de tela blanca. Uno de esos hechos en casa. En letras negras escritas con marcador indeleble se leía: NI UNA MENOS. Traía, también, una bolsa de tela vacía con unas letras rojas que decía EXPERTAS EN AHORRO. Por precaución, dijo. Cuando acortaron la distancia lo suficiente, y por primera vez en 6 años de amistad, se saludaron con el codo. En lugar del abrazo aglutinador que era parte del ritual, se tocaron con la superficie que, en ocasiones, usaban para apoyar la cabeza del cansancio o abrir puertas cuando estaban cargadas de cosas. Unos meses después sería con el puño y más adelante unos abrazos robados, alejando las cabezas lo más posible. A Emilia la sonrisa le rebalsaba el pedazo de tela casero; los ojos de Mora estaban entrecerrados por culpa de los pómulos elevados. Mientras tanto, la distancia estaba ahí, tangible, flotando densa en el aire cómo algo molesto, incómodo, contradictorio, porque a la vez, era totalmente necesaria.

...

“Cuidarte es cuidarnos”, “Me alejo por que te quiero”, “Al virus lo combatimos entre todos”, fueron algunos de los slogans que acompañaron a la fórmula infalible del uso de tapabocas y distanciamiento social en las campañas por la prevención del Covid 19. “Es muy importante mantener el distanciamiento social para cuidarnos y cuidar a los demás”, alegaba la cuenta de Twitter del Ministerio de Salud de la Nación el 17 de noviembre del 2020, frente a la posibilidad de reuniones en espacios abiertos o al aire libre. En la misma línea, el gobierno de la provincia de Buenos Aires difundía una campaña que rezaba: “Distanciamiento social: compartí el momento pero no el mate”. Mientras que el Gobierno Nacional daba instrucciones para ejercer “la cuidadanía”, prescindiendo del beso en el cachete o el abrazo como saludo, e institucionalizando una nueva forma: el choque de codos o de puños.

...

En el mes de enero del 2021, en una terraza de las miles que tiene la ciudad de Buenos Aires, se juntaba, por primera vez, el grupo de amigas de Mora y Emilia. Lorena prestó la terraza. Rosario trajo unas galletitas caseras de avena de esas que hace para los eventos importantes o cuando está muy inspirada. Emilia compró una gaseosa y se acordó del parlante que le habían pedido por el grupo. Luna cocinó uno de sus budines de banana con chips de chocolate. Mora viajó desde San Fernando en tren y colectivo con permiso de circulación vigente. Camila, que vive a dos cuadras, fue caminando. Sabrina y Victoria, en auto, desde Barracas, y con las ventanas abiertas.

Se abrazaron con los barbijos puestos, las cabezas lo más alejadas posibles. Chocaron culo con culo, espalda con espalda: la nueva forma de saludarse cuando no alcanza el puño ni el efímero abrazo. Lorena puso un tema que estaba sonando en todos lados. El hit del verano fallido. Ey Baby, dime si hoy no’ volvemo’ a ver (baby, dime). Baby, creo que me gusta’ bastante. Todas las pibas bailaron al ritmo de la música que salía del parlante colocado en el centro de la ronda. Las zapatillas golpeaban las baldosas. Que no puedo sin ti aquí a mi lado. Se que suena acaramelao’. Que no puedo sin ti porque nadie tiene lo que tú Tiene pa’ mí (pa mí). Pasaron la tarde de esa manera. Un recuerdo cálido en un verano de 40 grados en la ciudad de Buenos Aires, pero con un clima gélido y lúgubre.

...

Otra canción se popularizó en el verano del 2021. Mira lo que se avecina, el verano en la provincia, nos estamos preparando, sonaba el spot publicitario en la televisión bonaerense. Al ritmo del estribillo de la canción Aserejé, se escuchaba: con distancia si te cuidas no contagias, ABCD, ya sabes, mantené la distancia, usá el barbijo, no compartas el mate y ponete alcohol en gel. En vísperas de la temporada de vacaciones, el gobierno de la provincia de Buenos Aires publicó a través de sus redes sociales el tema “ABCD” para difundir medidas y protocolos sanitarios en el marco del aumento de contagios de coronavirus en el país. La fórmula de cuidados consistía en cuatro pasos: A) Agua y alcohol para lavarse las manos; B) Barbijo a todos lados; C) Circulación de aire en ambientes y D) Distancia social de 2 metros.

...

Muchos interrogantes surgieron a la hora de pensar las nuevas formas de codificar los gestos atravesando la crisis sanitaria. ¿Qué es el amor en pandemia? ¿Cómo se demuestra el cariño? ¿Cuales son sus demostraciones? ¿Qué gestos utilizamos? ¿Cual es la nueva técnica corporal para con los seres queridos? ¿Es amor la distancia?

...

Emilia vive en un departamento en la calle Bolívar, entre Estados Unidos e Independencia. Es uno de esos edificios antiguos del barrio que tienen pocos pisos y techos altos. Las tres ventanas y balcones dan a la calle y corresponden cada una a una habitación de la casa. Esto fue un dato importante a la hora de comprarla. Pero la importancia se resignificó durante la pandemia. Emilia vive con su familia: su hermano, su mamá y la pareja. También hace circo y entrena para ingresar a la carrera en la UNSAM. Se debatió por un tiempo sobre qué hacer con el entrenamiento presencial. Ir a practicar parada de manos con otros cuerpos que le dan una mano no es la definición exacta de cuidado. Esos son sus dos grandes amores: la sensación de cruzar nuevas fronteras con los movimientos de su cuerpo y los desayunos en familia. Cafe con leche y tostadas con queso blanco y mermelada, por supuesto. Ahora, Emilia vive con su familia pero las cuatro paredes de su cuarto son el único lugar donde se saca el barbijo y respira el aire así cómo viene. Los desayunos en familia ahora son con protocolo: las ventanas abiertas y los barbijos colgando de las orejas para volver a colocarlos al segundo sorbo de la taza de café.

...

¿Qué es el amor en la pandemia? Es un regalo de cumpleaños que se forma de una idea que se charla en un grupo de Whatsapp entre amigas. Puede ser una mesita de madera para poner en el balcón, vieron que a veces estudia ahí, sugieren. No, la vecina le prestó una que tenía guardada para que use hasta que se termine todo esto, responden. Puede ser un buzo, sugiere una, para ahora que viene el fresquito de nuevo. Eso ya se lo regalamos el año pasado, alude otra, ¿no te acordás que llegó el día del zoom de cumpleaños y nos lo mostró? ¿Cómo se demuestra el cariño en la pandemia? Con una remera manga corta negra estampada con una foto de una escena de la serie Euphoria que tanto le gusta. Vio un par de capítulos con sus amigas por videollamada. La remera y un anillo hecho a medida, eso es lo que se decidió por el chat después de horas de debate. El paquete viaja en una moto conducida por alguien muy mal pago desde el local en Villa Crespo hasta un departamento en Recoleta. Un regalo que viaja la distancia que no pueden recorrer otros cuerpos. Un regalo que marca la ausencia de una reunión que no fue, de unos brazos y abrazos que no ocurrieron. Un regalo que es pensamiento, la mejor de todas las formas de estar.

...

¿Que es la distancia? La distancia es un espacio físico entre dos puntos, medible en kilómetros, metros, centímetros y milímetros. Es, aunque cueste creerlo, una política pública, una estrategia sanitaria, un remedio contra la muerte. Un metro y medio de distancia. Un metro y medio de cuidado. Un metro y medio de amor.

¿POR QUÉ TODAVÍA NO SONÓ EL TELÉFONO?

Federica Monte

Las manos manchadas de ese engrudo que se hace la harina cuando se mezcla con el agua. No sabe qué va a pasar pero tampoco se lo detiene a pensar. Estos días de aislamiento la gente solo pensó en eso, en cuántos contagiados de COVID-19, en cuándo se va a terminar la cuarentena, y a ella la agobia, entonces lo evita mientras sigue amasando. Es la cuarta pizza que hace y en su casa son sólo tres: las dos mamás y ella, Fernanda. Lo que pasa es que se cansó de lo dulce y pizza es lo único que sabe hacer. Las madres no se animan a decirle que ya no quieren comer más nada, que aunque piense que cocina bien, no lo hace. Pero ¿quién sería capaz de dejar a alguien sin algo que hacer, sin algo con qué entretenerse en estos días? Mete al horno su quinta pizza.

...

Hay un algo muy extraño que yace en lo profundo de todas las personas pero que todavía nadie tuvo el tiempo de cuestionar: la necesidad de compartir todo el tiempo. Ya no hay filtro que aguante el ir y venir de mensajes, llamadas por Skype, tweets, fotos en las redes sociales. Nunca se tuvo tanto que contar. El noticiero del canal 9 habla de números y cifras y porcentajes y estadísticas; el siguiente es una entrevista a un ciclista que salió de la casa con una bolsa de supermercado con una sola fruta para poder andar; en Twitter llueven fotos de personas haciendo ejercicio en sus casas y compartiendo sus rutinas, sumado a los que se lamentan por haberse cortado el pelo ellos mismos y los que dicen que Zoom saca datos personales; en Instagram muestran a sus mascotas felices por pasar el rato y preguntan si son los únicos que ya terminaron la serie que estaban viendo; circulan capturas de pantallas de videollamadas de a más de cinco personas por todos lados. Lo intenta comprender, después de todo es difícil tener un sentimiento que no se puede comparar con nada vivido antes.

La gente está encerrada y necesita comunicarse con quien sea, compartir. En un plano más superficial hay otro algo, una adrenalina frente a lo nuevo quizás, que nos hace poner en marcha todas las herramientas que tenemos para intentar, fallidamente, seguir con la forma de vivir de ayer, cuando andábamos libres y no había pandemia. Si alguien solía juntarse un sábado a la noche con sus amigos, que no parezca extraño que el próximo sábado haya una videollamada mientras todos toman cervezas de distintas marcas, en vasos muy diferentes, con la comida que cada uno quiso. Sin pensar en si es necesario, los teléfonos empiezan a sonar el primer día y no dejarán hasta, por lo menos, los próximos diez. Para ella la videollamada después de la cena se vuelve costumbre: 23:15 Valen manda al grupo de Whatsapp “los de quintoo ;)”, el mensaje que avisa que va a llamar, y todos contestan. No siempre son los mismos pero más o menos. No dejaron que llegue el momento de extrañarse, de querer verse por necesidad y no por inercia. Se suma a todas, o sea, no se va a quedar afuera del único canal de comunicación que hay. Y también, aunque le cueste aceptarlo, es lo que la hace sentirse acompañada. ¿Será eso lo que le pasa a los demás?

A la primera videollamada solo le subsiguen miles. A toda hora. Con distinta gente. Incluso con personas que por ahí no conocía. Video para charlar, video para estudiar, video para

aprender, video para hacer proyectos, video para hacerse compañía. Siente que está casi más tiempo hablando con alguien ahora que antes. Ante el paso del tiempo ciertas sensaciones de angustia empiezan a querer brotar desde lo profundo y el momento de videollamada también es el momento de compartirlas. Saber que a alguien le pasa lo mismo que a ella la alivia, por supuesto.

...

Le llega un mensaje de Matías, el novio. Qué fácil se está haciendo esta parte. Y recalca "esta parte" porque es bien consciente que muchas otras no lo son, y que de esta particularmente esperaba más dificultad. Quién hubiera dicho que dos meses sin ver a la persona que antes veía periódicamente, iba a ser tan fácil. Frena un momento y piensa. ¿Acaso este período le devolvió momentos que se había olvidado? Esos momentos donde estaba ella con ella y no suponía ningún tercero. Ni un segundo. Por más egoísta que suene, disfruta de la vida no compartida. De todas formas, no se la ve pensándose egoísta, se la ve inmersa en esa rutina que la atrae y repele a la vez. Le gustan sus cosas, estar sentada redactando un parcial, o en el piano revisando nota por nota de la partitura de una canción. Ayer contó cuatro horas desde que empezó a cantar hasta que terminó. Se puso a estudiar la canción como nunca la falta de tiempo le había permitido. Cada nota, cada frase. Se marcó con amarillo las frases que eran melódicamente iguales, con rosa las que siempre pifiaba y con celeste el puente musical. Con un lápiz subrayó dónde se acentuaban las frases, y con una rayita determinó dónde iba a respirar. Se puso a cantar y cuando estaba por llegar al segundo estribillo, sonó el celular. Primero le agarró odio por haber sido interrumpida, pero ni bien contestó, pudo compartir cuánto tiempo había estado cantando. Esa satisfacción sino se hubiese quedado ahí, pero se la pudo transmitir a su amiga que la llamaba para merendar "juntas". Recuerda ese momento y sonríe.

Otro mensaje del novio. "Tas? Te llamo". Se peina un poco más de lo normal y se pone una linda remera, total el pantalón qué importa. Por qué no subirse a la ola de eventos virtuales. Una cita que promete tomar cerveza y hablar sobre el programa de radio de hoy. Pasan los minutos y todavía no llega el debate sobre lo que escucharon a la mañana. Unas horas después termina la llamada porque ya no hay más que hablar. A veces cuando uno está enojado mejor no hablar más. La risa navega bien el internet, pero las peleas no tanto. Al otro día, ambos caminan hasta encontrarse en Avenida Congreso y la vía. Es el punto medio entre sus casas. Todo el camino va sin auriculares, escuchando la calle, el poco ruido que hay ahora. Se escuchan menos autos y más gente que va a comprar una u otra cosa, que se toma un café en una plaza con su amigo, o va a pasear a su perro con su vecino. Todo el mundo va acompañado. Se ve que no es la única que empieza a querer ver a alguien por fuera de una pantalla. Lo ve a lo lejos y cree no reconocerlo. Es él, tiene los pelos enrulados y rubios, el buzo color mostaza que a Fernanda le encanta, y los anteojos con marco azul que lo caracteriza, pero es extraño. Recién en ese momento percibe cuánto tiempo pasó. Y qué difícil va a ser despedirse por tanto tiempo más.

Por primera vez en más de dos meses siente la necesidad de ver a alguien, y no es porque lo extraña, es porque necesita verlo para hablar fluidamente, sin interrupciones, de todo eso que quedó inundado en un mar de discusiones y que solo trajo confusión. Pero necesita verlo al fin, y esa sensación no la tuvo por mucho tiempo. El tener la videollamada tan

habilitada todo el tiempo al punto de aturdirla, no le había dado tiempo de necesitar. Se siente bien, aunque estén por arrancar a discutir.

...

Pasan dos meses más y ya las videollamadas cesaron. La última que sonó en el teléfono fue para su cumpleaños y no duró más de dos minutos. Empezaron sus actividades más metódicas y ya no tiene tiempo para cocinar y como muy de vez en cuando puede ver a alguien, no necesita llamar a nadie. Nadie necesita llamarla.

Suena la alarma. Arrancan esos dos segundos en los cuáles no sabe qué día es, qué hora es, y por qué razón se está despertando. Mira al teléfono con la esperanza de que ahí está lo que responde sus preguntas. El reloj digital marca en grande 8:00. Qué puntuales son las alarmas. Abajo, más chico, “martes”. Ah, bueno. La fecha es lo que le da la orden de pasos a seguir: salir de la cama, abrir la ducha, bañarse. Nunca prende la luz. Descubrió hace unos días que si se baña con la luz natural que entra por la ventana, desacelera el paso de la total oscuridad de su sueño al sol penetrante por la ventana de la habitación. Busca constantemente detalles que puedan hacer su día más ameno, como si eso fuera a apaciguar su malestar. Sale de la ducha y repite la misma rutina que le viene funcionando para mantener algún tipo de orden interno, como si eso fuera a ordenar su malestar. Deja entrar el sol, hace la cama. Hacer la cama no es cosa menor, es señal de que ese espacio se cerró y solo se va a poder volver concluido el día. Vuelve a la ventana y la abre de par en par. Qué bien se siente dejar entrar lo que hay afuera hacia adentro. Hay algo del viento que llega que la hace sentir como si limpiara la atmósfera del día anterior para dar inicio al día nuevo. Con el mismo objetivo, se prepara su café y prende su computadora. Justo antes de sentarse en su escritorio, mira la silla. Como si no tuviera noción del tiempo, recuerda la situación de hace unos meses como si fuese ayer. ¿Por qué todavía no sonó el teléfono? Entonces un poco extraña la necesidad injustificada de compartir.

MOVIMIENTOS

SER TRANS EN ÉPOCA DE PANDEMIA: LA BUROCRACIA QUE LEGITIMA LA FALTA DE DERECHOS

Zoe Ainara Perez Mari

Susana saca el tercer cigarrillo de la cajetilla, lo enciende y lleva a sus labios. Sabe que este es un mal hábito y que más aún con toda la situación actual no debería consentir, pero no puede evitarlo. Necesita relajarse y pensar. Exhala por sus fosas nasales el inminente humo de tabaco y contempla la plaza Manzanares. Son las cinco menos cuarto de la tarde del 15 de marzo de 2021 y como sucede actualmente, hay niñes con sus guardapolvos blancos arremangados que juegan a la pelota —"el barbijo no existe de las puertas del aula para afuera", murmura disgustada—, en otro extremo un par de jóvenes están charlando y en el medio un grupo de adultes toman una clase de baile. Para todes es un día normal, un día que no tiene nada fuera de lo común en esta nueva normalidad. Para todes menos para ella. Inhala una última vez el vapor del cigarro y lo apaga. Si no regresa pronto es probable que llegue tarde a la reunión.

Susana es la fundadora y actual presidenta de la Asociación de Mujeres trans, lesbianas, bisexuales y no binaries del barrio Loma Hermosa. Una organización, conformada por quince integrantes, que tiene el fin de acompañar y asesorar a todas las personas pertenecientes al colectivo LGBTIQ+ del barrio. Sus actividades más usuales suelen ser asistir a marchas, realizar charlas y talleres de interés popular, organizar eventos benéficos y, la que se llevará a cabo esta tarde, reuniones semanales con sus afialiades.

Cuando se dispone a marchar observa una última vez la plaza que tantos momentos icónicos para todas en ella: el día que festejaron el cumpleaños de Vicky y dieron cinco vueltas en la calesita, cuando la negra terminó el trámite de cambio de documento, y, ¿cómo olvidar ese último domingo de libertad?

...

El domingo 15 de marzo del 2020 se había llevado a cabo la última reunión presencial. Ese día hacía bastante calor, todavía se podía disfrutar de las últimas semanas veraniegas de la temporada. Mica —conocida como Juani en ese entonces—había estado muy insistente con que todas asistieran a la plaza ese día. Después de algunas idas y vueltas, en el grupo de WhatsApp acordaron juntarse a las tres de la tarde debajo del mástil de la bandera. Sin saberlo esa sería la última reunión que harían sin barbijo, desinfectante y dos metros de distancia de por medio. Esa tarde inconscientemente dieron muchas vueltas por la plaza. Saludaron a los chicos pertenecientes a la Iglesia de la cuadra de en frente, que compartían panfletos sobre la prevención de Dengue; las más jóvenes treparon por algunos de los muchos árboles que rodean la manzana; y compraron unos paquetes de pochoclos al señor que diligentemente iba a eso de las cinco de la tarde —horario en el que la plaza solía estar más concurrida—.

Fue la negra la que de tanto mirar el celular le dio al grupo de mujeres la noticia.

- Estamos en cuarentena por quince días a partir de mañana.

A las nueve de la noche del 19 de marzo de 2020, el presidente Alberto Fernández anunció el inicio del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio que regiría en todo el país a partir de las cero horas del día siguiente.

...

Susana contempla por última vez el mástil, ya despintado y en este momento con una acaramelada pareja de jóvenes sentada en él, y sigue con su camino. Pensar en ese día solo le ocasiona tener más presente lo que prontamente iba a tener que comunicar. Abandona la plaza sin antes encender otro cigarro, se lo lleva a los labios y suspira. Camina por la transitada calle Santos Vega, disfrutando del tabaco en sus pulmones. Pasa junto a la verdulería de su hermano, saluda a la esposa con una sonrisa y un gesto de mano y continúa su camino. Su mente la hace regresar a esa tarde de abril en la que junto a Juani y Verónica fueron a buscar la mercadería que su hermano les había donado para los bolsones de comida destinados a quien los necesitara.

Fue una tarde lluviosa en la que el clima otoñal ya se dejaba notar perfectamente. Las tres se encontraban después de casi mes y medio sin verse. Ya nada era igual y las expresiones y apariencias de las tres lo notaban.

Verónica estaba sin trabajo desde el pasado 15 de marzo, y había vuelto a vivir con su madre porque el IFE tampoco alcanzaba para mantener su pequeño departamento en el barrio Libertador. Juani, con sus cortos 20 años, acababa de comunicarle a su familia sobre su disforia de género, pero ninguno lo tomó bien; su único resguardo fueron las reuniones (ahora virtuales) de la asociación. Susana no tuvo conflictos laborales ni familiares. Ella sabía lo privilegiada que era por tener un hogar seguro en el cual pasar el aislamiento y un sueldo en blanco cada mes, pero sentía mucha impotencia al observar el estado de sus compañeras.

Las tres juntaron la mercadería y entre todas la subieron a la camioneta de Susana. Se hicieron las siete de la tarde y con ello el sol comenzó a ponerse. No era una hora segura para permanecer en la calle, y la despedida se hizo inminente. Cerraron la cajuela del baúl y se miraron.

- Bueno, recuerden que mañana nos juntamos a las ocho a través de Meet... - comenzó Susana.
- No saben las ganas que tengo de abrazarlas – interrumpió Juani.

Susana inhala fuertemente del cigarro para evitar recordar. Tose un poco. Una madre con su hijo cruza a la vereda de enfrente sin sacarle un ojo de encima.

- Antes era por trans, hoy es por covid... ¿Mañana por qué será? – murmuró para sí.

...

Susana continúa su camino hasta llegar a la avenida Márquez, la división entre dos barrios, dos mundos: Villa Bosch y Loma Hermosa. Susana vivía en Loma Hermosa, un barrio muy humilde perteneciente al partido de Tres de Febrero.

La avenida Márquez está bordeada por negocios—en su mayoría cerrados o a punto de hacerlo, gracias a la situación epidemiológica y económica que acontece en el país—. No suele ser una zona muy concurrida en ese horario, el pico de trabajadores ya había

terminado bastante rato antes y con el frío otoñal tan presente ni les adolescentes preferían transitar. Su pulso se acelera y espera lo más alejada que puede de la calle. Los bocinazos y comentarios no se hacen esperar. Pasa un minuto, dos, tres...

Cuando el semáforo cambia, inhala una última vez de su cigarro, lo tira al suelo y procede a pisarlo. Luego, al ver que la atención de los conductores ya no va dirigida a ella, se dispone a cruzar la ancha avenida a pasos apresurados. Sus piernas tiemblan a cada paso que da mientras mira con aprehensión cada uno de los extremos de las veredas.

Al llegar a la vereda suspira aliviada y continua su camino, todavía debe transitar dos cuadras más en la avenida.

...

Para Susana, las calles del barrio forman parte de los sectores del partido olvidados por les políticues: el asfalto lleva años sin ser reemplazado, las veredas se encuentran rotas y sucias, y los colegios no recibieron las refacciones e insumos necesarios para la presencialidad de clases. Antes de doblar por la calle Churruca, Susana pasa por las instalaciones exteriores del Hospital Dr. Marcos Calanbodro. Se frena delante de sus puertas, levanta el dedo medio de su mano derecha unos segundos y corre rápidamente para doblar por la calle.

Eran las nueve de la noche del 20 de octubre del 2020 cuando Susana terminó su jornada laboral en la cocina de su hogar y desactivó el modo avión de su celular. Al instante el aparato comenzó a vibrar frenéticamente: había recibido varios mensajes y llamadas perdidas de sus compañeras de la Asociación de Mujeres trans, lesbianas, bisexuales y no binaries. Susana apagó la pava y volcó su atención en el celular. "¿Dónde estás????", "¿Sabes algo de Micaela?", "creo q la Mica necesita ir al hospital", "No sabemos q hacer".

Micaela, el 30 de septiembre a las tres menos cinco de la tarde le dijo por primera vez a su familia sobre su identidad de género ante su pedido de no ser llamada más Juani. Esto significó un cambio rotundo en su vida: sus sesiones con la psicología pasaron de ser mensuales a semanales, su familia no llevó bien la noticia y, en consecuencia a todo el contexto, su psicóloga tuvo que derivarla con un psiquiatra.
El celular comenzó a sonar. Era Verónica, la vicepresidenta de la asociación.

- Hola, ¿Qué pasó?
- La nena, no sabemos nada desde hoy. Dijo que estaba con taquicardia.
- Contame todo lo que sabés y pásame su dirección por mensaje. Ahora saco la camioneta y voy a la casa.
- Dijo que estaba, tenía un episodio... La negra la llamó parece que la vieja se fue y no le dejó tomar el medicamento.

A los quince minutos Susana y Micaela estaban en una camioneta rumbo hospital más cercano. La segunda lloraba mientras tapaba sus muñecas con una toalla teñida de rojo. En el Hospital Dr. Marcos Calanbodro, durante el primer cuarto de hora de las diez de la noche, Susana discutió seriamente con la administración para que se respetara el nombre y

los pronombres de Micaela. Luego, ambas mujeres tuvieron que esperar hasta las tres de la mañana para recibir la atención de un médico de guardia, y en el medio, Susana le compró a Micaela una Coca-Cola en el quiosco que se encontraba dentro de la sala de espera.

Micaela fue hospitalizada, y por protocolo por Covid-19 y al ser ella mayor de edad, Susana no pudo acompañarla a la habitación. Antes de marcharse le dejó unos pesos junto a una bolsita de caramelos de limón, y le pidió que tuviese siempre el celular prendido para avisarle todo.

A las cuatro de la mañana, Susana estaba por cruzar la avenida Márquez. Su teléfono empezó a sonar y rápidamente atendió y colocó el altavoz del dispositivo.

- Hola, Miquita. ¿Pasó algo? ¿Necesitas que vuelva? —por el micrófono se escuchó un sollozo. Susana buscó un lugar seguro para estacionar —Micaela, ¿qué pasó?
- Es que... Me dijo... Dijo que...

Susana miró la hora desde la pantalla del celular. Eran las cuatro con quince minutos de la madrugada, solo habían pasado 20 minutos desde que abandonó el hospital.
- Respirá conmigo y contemos hasta diez, ¿sí?

Estacionó la camioneta en la vereda de la nocturna y vacía avenida. Posteriormente ayudó, mediante ejercicios de respiración, a calmar a su interlocutora. Cuando los sollozos de Micaela fueron menores, le contó que una enfermera había ido a vendarla y colocarle una vía intravenosa en su brazo y le dijo: “te diste duro, Juancito ¿eh?”

La ley 26.743, sancionada el 9 de mayo de 2012, establece que por más que el individuo no haya realizado el cambio de documento deberá ser tratada por el género y nombre que designe con las autoridades correspondientes en el establecimiento en que se encuentre.

...

Susana prende el anteúltimo cigarrillo y continúa el último tramo de su camino por la calle Churruca. Es una calle bastante tranquila en comparación de la Avenida Marquez, con diferentes edificaciones en cada cuadra: un grupo scout en una esquina, algunas iglesias, muchísimas casas humildes entre algunas quintas, comedores, fábricas en funcionamiento y abandonadas. La calle, como la de todo el barrio, tiene un empedrado gastado y, en su mayoría, roto, por lo que los autos deben hacer muchas maniobras para pasar por ella. Les conductores prefieren evitarla. Camina por las silenciosas cuadras hasta llegar a Chabacanos, dobla por ella y recorre media cuadra hasta dar con una pequeña casa de color naranja. Saca las llaves de su cartera y antes de abrir la puerta apaga el cigarrillo. La casa de Susana es una casa de tres ambientes que comparte con sus dos gatos y de vez en cuando con su pareja. La mujer entra a la cocina, pone la pava al fuego para el mate y prende la computadora. Son las seis menos diez, en pocos minutos debe conectarse. Prepara el mate, saca un paquete de bizcochitos y se sienta en su habitual lugar.

El traqueteo de sus piernas comienza cuando revisa la cajetilla de cigarrillos y nota que no queda ninguno. Suspira y empieza a acomodar la computadora y abrir los programas

e imágenes que necesitará para la reunión. Revisa una última vez la cajetilla e inicia la llamada.

Diez minutos después todas las mujeres están presentes, hablando unas con otras de temas triviales: cómo estuvo la semana, si alguna de les estudiantes tuvo novedades sobre el plan Progresar, alguna polémica mediática, etcétera. Susana permanece silenciosa y seria, contesta con monosílabos las preguntas de las pocas mujeres que se atreven a hablarle ante tal semblante.

Cuando la conversación termina, Susana aprovecha para iniciar formalmente casi todos los temas que les competen para la reunión de esta semana: evaluación de la marcha virtual por el 8 de marzo, diagnóstico para la del 24, covid, entre otros. A las ocho, la reunión está por finalizar. Antes de permitir que alguna se retire, y mientras juega con la caja de cigarrillos vacía, Susana dice.

- Un chico trans de 21 años desapareció el 11 de marzo cuando salió de su casa rumbo a una entrevista laboral. Tehuel. Su nombre es Tehuel.

UN ABRAZO EN PANDEMIA

Sol Suárez

Agosto del 2020, primer año de Pandemia por covid19, una docente de artes visuales va rumbo a un taller de educación popular, en las periferias del conurbano bonaerense. Es el Barrio Tongui, un asentamiento inmenso al costado del Camino Presidente Juan Domingo Peron, o en boca de sus usuarios: "Camino Negro". Las ruedas de las bicicletas giran por cada pedaleada desde el centro de Lomas. Desde la calle Belgrano, en ese barrio las casas son de material, algunas muy antiguas, otras con techos de tejas, también hay edificios gigantes y medianos, las veredas con el pastito recién cortado, llenas de árboles de tilo, álamos y araucarias. Algunas cuadras son de calles empedradas, pocas personas en la calle, todas con barbijo, algunas paseando perros, todos abrigados, incluso los perros.

La profe, como muchos docentes, tiene trabajo en varias instituciones dentro del mismo distrito y a veces con grandes distancias entre sí y el uso de bicicleta en este momento de la pandemia vino a reemplazar al transporte público. En los dos colectivos que debía tomar en caso de ser un día lluvioso, por ejemplo, hubiese viajado hacinada. Más allá de la suspensión de las clases presenciales en las escuelas, ella debía seguir viajando aunque de forma más esporádica y la bicicleta era una opción no solo para cuidarse y cuidar a los demás sino que también le permitió cierta creatividad en el trazo de los caminos hacia donde debía llegar y en los tiempos que le llevaría hacerlo.

Dobla la bici por Vieytes, sigue derecho, y cruza la avenida Hipolito Yrigoyen. Hay bocha de colectivos y por momentos la bici sube a la vereda y baja, algunas puteadas se cruzan entre automovilistas y ciclistas, es una tensión presente y constante, que llega a su cima cuando alguno abre la puerta del auto sin mirar el espejito. Luego de más de 15 cuadras, la bici dobla por Frías, o Santa Fe: acá las calles suelen tener dos o más formas de llamarse. Continúa por Plumerillo (o Constitución), y cruza Avenida Rodriguez, la calle del Cementerio municipal. Hay ofrendas en toda esa cuadra, gallinas descogotadas, pochoclos, flores, velas derretidas. Todo junto en un paisaje que no promete nada más que olor a muerte. El paredón gigante del costado del cementerio tiene casi 10 metros de alto, y de largo son más de 8 cuadras, seguro.

Frente al paredón hay muchas casas con ladrillos huecos a la vista, sin revoques, la cumbia a todo volumen. La cantidad de perros aumenta en esta parte de Lomas, esta vez sin correa, sin paseadores y sin abrigo. Sigue la bicicleta y se encuentra con otra bicicleta recién en Avenida Ejército de los Andes (o San Martín). Las veredas desdibujan sus límites con las calles, y árboles descontrolados toman posesión de los cables tirados por postes de luz. La mochila está pesada, con comida, termo, agua, libros, hojas, marcadores, cámara, celular, el DNI ¿el permiso de circulación está impreso? ¡Ah!, no, cierto que ya estaba cargado en la aplicación del celular.

Ambas educadoras, arriba de sus bicis y hablando casi a los gritos, mientras esquivaban pozos de la Avenida Ejército de Los Andes, hacen memoria de los primeros días de aislamiento, los miedos de no volver a ver a amigos, cómo había mutado la convivencia en sus propios hogares, los cuidados excesivos en la calle, las distancias que se marcaban

con cinta en las veredas cada vez que había que hacer algún trámite o simplemente hacer la fila en la caja del supermercado. Las bicicletas siguieron hasta Camino Negro, doblan contramano, una impunidad exquisita y exclusiva del ciclista, y se meen entre autos, colectivos y motos, trazando un camino artesanal, una y otra vez. Última doblada y un cartel de madera clavado a un poste de luz dice "Cañuelas" con letras trazadas con un pincel en pintura blanca. Una cuadra y media y llegan a "Tierra y Dignidad", el centro barrial.

...

Con lo primero que se encuentran ambas educadoras es con un abrazo de bienvenida. ¿Extrañar un abrazo? ¿Quién lo hubiera imaginado? Sin embargo, está sucediendo. El tiempo se paralizó, la desorientación y una gran calidez se posa sobre esos cuerpos encontrados en los brazos abiertos entrelazados unos con otros. En una bandera se lee: "La salida es colectiva". El corazón se acelera y recorre esa diminuta e inmensa experiencia abrasadora y abrazadora.

Entre momentos de silencios profundos las miradas achinadas simulan una sonrisa debajo del barbijo, es una de las primeras formas de saber que está siendo aceptada la presencia de las educadoras, la propuesta pedagógica y los modos de comunicar en ese momento y lugar. Las cáscaras de maní se van acumulando a un costado de la mesa donde dibujan una presentación, un autorretrato, que pueda dar cuenta de quiénes son o qué quieren compartir de sus vidas en esa ronda. Usan papeles de colores, revistas para construir imágenes que puedan ser identificarlas.

...

Mary tiene 22 años, sostiene una olla popular todos los días en el comedor Los chicos de la vía ubicado en un asentamiento al lado de las vías de Santa Catalina, le gusta jugar al fútbol, madre soltera de 2 niños: "A veces los quiero matar te juro", dice riendo en varias oportunidades. Daiana tiene 18 años, sostiene la olla ahí mismo en Tierra y Dignidad, eá terminando el secundario, tiene varios hermanos y también le gusta jugar al fútbol. "Acá jugamos futbol potrero y no es lo mismo que el futbol de la tele", advierte Dai en su presentación. Aymará es la referente de Tierra y Dignidad, es quien convocó a las educadoras, considerando este taller como una herramienta de empoderamiento para las compañeras que trabajan en espacios socio–comunitarios. "Que ellas puedan tener acceso a este taller de educación popular es re importante para seguir soñando, aun en estos tiempos de tanta desesperanza", plantea mientras muestra su collage de presentación con un dibujo de un bebé, una mesa grande llena de comida y un pañuelo verde que dice "se va a caer o lo vamos a tirar".

El registro audiovisual comenzó como un juego que a lo largo de los encuentros tomó forma de documento sobre aquella experiencia que estaban atravesando. Una cámara filmadora iba pasando de mano en mano con la consigna de registrar los encuentros y con la libertad de hacerlo como cada una deseara hacerlo. Manos temblorosas dejaron marcado una falta de foco constante, intento de toma de manos dibujando, escribiendo, cocinando. Una de las profes mientras mira estos primeros registros proyectados en una pared les pregunta:

“¿Qué hay de belleza en estas imágenes?” Es una pregunta sin respuesta concreta que de alguna forma en lo más cotidiano la experimentan.

...

El día pactado como día de fútbol caminaron barrio adentro. Un aromita a chipa guazú sellaba ese momento desde adentro de una de las mochilas; algunas cargaban con botellas de agua, otras con mate o frutas, una con la pelota abajo del brazo. Unos jóvenes árboles hacían pequeña sombra al costado de la canchita.

El trípode sostuvo una cámara mini dv que guardó en su corazón de casette todo lo que estaba sucediendo. Los cuerpos con movimientos torpes e improvisados compartían la pelota con los cuerpos aficionados, las mandarinas degustadas debajo del árbol en el descanso, niños que se sumaron sin conocerlas, la sensación térmica de noviembre que empezaba a poner los cachetes colorados y a hacer correr gotas de sudor por la frente y espalda. Lea no quiso jugar, se sentó a la sombra desde que llegaron y confesó que al ver a las demás divertirse, se vió reprimida y pudo tomar valor para entrar a la cancha casi a 10 minutos antes de terminar el partido. En la ronda que hicieron al final, donde cada una pudo expresar algunas emociones de lo que significó jugar a la pelota, Lea expresó: “sentí una electricidad en el cuerpo, como jugar pero siendo niña otra vez”. El partido finalizó al mediodía, ganaron 6 a 1, nadie recuerda exactamente cuánto duró el partido pero lo que sí recuerdan es que debían volver a Tierra y Dignidad.

...

El calor se instaló en diciembre. Las formas de hablarnos fluyen como las Manaos de coca que se abrían cada viernes al mediodía, ante la propuesta de dibujar un afiche para estamparlo y pegarlo por las calles del barrio. Angela dice que no sabe dibujar pero escribe con letras grandes: “el miedo se transformó en alegría”, y se ríe mientras dibuja una pelota de fútbol a la que no le encontraba forma pero que aun así la enorgullecía. Las profes hacen en sus respectivas casas el trabajo de digitalizar las imágenes y revelar la matriz, llamado shablon, por medio de la cual pasa la tinta para quedar impresa en papel. Las tintas las ubicaron en un extremo y con las maniguetas, de goma y metal, las arrastraron. La tinta se mete en los espacios de la matriz para dejar plasmada en la hoja el mismo dibujo que hicieron las pibas, teniendo la posibilidad de repetir cuantas veces quieran lo que diseñaron. El brillo de sus ojos y las sonrisas no dejan de emitir palabras. Con el balde lleno de engrudo salen y pegan por el barrio afiches hechos integralmente por ellas mismas. En la cancha como en la vida, teiene un puño coronado de laureles con una pelota de fondo. El miedo se transformó en alegría, lleva un corazón con ojos, sonriente con cachetitos de corazón, una pelota gigante debajo y más corazones. El pincel, más grande que nuestras manos, se carga de engrudo para descargarlo en la pared, las manos aplastan el afiche y arriba más engrudo. Las risas delatan nerviosismo, miradas panorámicas para ver quienes las ven, algunos chistes sobre qué pasaría si llega la policía y las engancha haciendo ésto.

...

Último encuentro, siempre la comida en la mesa entre computadoras, libros, cámaras. Pequeños papeles en una caja todos mezclados llevan escrito alguna palabra, comentario,

crítica o sugerencia sobre el taller. Es una forma de evaluar lo realizado, lo aprendido, lo inconcluso, lo pendiente. Rompimos el encierro. Quiero estudiar. No me quiero ir más de acá. El fútbol como camino de libertad. Fueron algunas de las frases anónimas que resonaron del taller.

Las bicis retoman el camino de vuelta, el mismo recorrido a la inversa. Las ruedas giran con cada pedaleada sobre Camino Negro y con cada pulsación de corazón. Ambas se dan vuelta, miran atrás para sacar fotos a los dibujos que los cables hacen entre casitas sobre el cielo y a un perro comiendo pan dentro de un container sobre la colectora de Camino Negro. Siguen, llegn cada una a su casa, pero nada está igual a la primera vez que bicicletearon de ida al taller.

DESCONCIERTOS

GOLPE DE REALIDAD

Leandro Ocampo

Leandro se levanta, no es una mañana más. Ni siquiera sabe si es de mañana. Está mareado, está sudando, como si hubiera jugado un partido de fútbol. Su cabeza aturdida, como si tuviera resaca después de una noche de exceso de cerveza; un recurrente escalofrío se adueña de su cuerpo, le hace sentir que esta vez es diferente. ¿Podría ser fiebre? ¿Podría estar enfermo?

En un mundo normal, ésta, sería una situación para no preocuparse demasiado, pero todo cambió, ya no existe la tan nombrada normalidad que supo ser en un mundo pretérito, en la que nunca fue denominada de esta forma sino hasta que el virus, covid 19, se hizo presente.

El principal problema de la sociedad está atravesado por una pandemia que tiene como característica un alto nivel de contagio entre los seres humanos. Leandro lo sabe, aunque cree que a él no le va a tocar. No es la excepción al individuo promedio, piensa que va a ser joven e impoluto por siempre, desvalorizando el paso del tiempo, y el de su primavera corporal. En cuanto a la salud, esos problemas ni siquiera se le pasan por la cabeza, eso parecería ser ciencia ficción; oye pero no escucha, mira pero no ve. Escéptico ante todo, ya que no se siente confiado por ninguna verdad, ni siquiera por la de una pandemia que ya ha matado a millones de personas en el mundo. Como la mayoría de argentinos, no toma conciencia de la realidad que lo rodea.

Luego de varios intentos, logra salir de la cama, sus piernas se encuentran más débiles que de costumbre. Fuera de la habitación, cruza el pasillo que lo separa del baño con la prudencia que se atraviesa una avenida en la cual no funcionan los semáforos y el transito es intenso. Luego de la corta, pero dificultosa, travesía hasta el baño, se siente cansado y agitado, le cuesta respirar, algo le sucede.

Se empapa la cara frente al espejo, el agua está helada. Toma valor y logra mojarse de nuevo, con la necesidad de despertarse del constate adormecimiento que se ha adueñado de su cuerpo. Es menester reaccionar y comenzar su día.

Luego de observarse al espejo durante algunos minutos, sale del baño y se dirige a la cocina, como si nada fuera de lo cotidiano ocurriese. No lo separan más de tres metros, entre ambos espacios, pero en ese momento todo espacio a recorrer es eterno. Sabe que se va a cruzar a las personalidades reinantes de este sector, y por lo tanto, del corazón de la casa. La cocina es el lugar de mayor importancia en esta familia. La comida es uno de sus principales lazos para establecer vínculos entre sí. Quien se instala allí, sabe y domina todos los movimientos, tanto por disponibilidad geográfica como estratégica.

Leandro llega tratando de ocultarlo todo, pero es un pésimo actor; no puede disimularlo. Su padre y su madre se dan cuenta que algo le ocurre. Él, sin más vueltas, expresa lo que le sucede.

Su madre, toma la incitativa, su preocupación es incipiente...

- ¿Te tomaste la fiebre? ¿Hace cuánto te sentís así? Tenés los ojos vidriosos... cansados...

Jorge y Alicia son una pareja típica: atravesados por una sociedad conservadora católica de clase media baja, llevan más de veinte años de casados. Su mayor logro es la crianza de sus dos hijas, Antonella y Micaela, y por último Leandro, el menor de los tres, el único que aún convive con ellos.

- Lo mejor va a ser que te encierres en tu cuarto y llames al médico, descansá...- su padre siempre tiene la última palabra, la de mayor preponderancia...

Leandro, retrocede casilleros.
Intenta comunicarse con su médico de la obra social, de manera virtual, como se hace todo en el mundo moderno. Nadie contesta, el sistema está colapsado. A comienzos del mes de abril del año 2021 el contexto del país no era favorable, la cantidad de personas contagiadas en Argentina sumaba 2.373.153, mientras que el número de habitantes muertos era de 56,023. Estos datos, que antes eran insignificantes para Leandro, comienzan a afectarle.

Le pide a su madre que le prepare un té con miel, como si fuera su sirvienta. Esta acción será un fiel reflejo sobre el vínculo que desarrollará con sus progenitores durante todo su aislamiento.

Sin respuesta de un médico, posterga sus problemas hacia más adelante. Baja las cortinas de su habitación, buscando simular la oscuridad de la noche, pero no lo consigue. El poder de la luz se filtra por los finos espacios que quedan sin cubrir.

Luego de estar tirado durante todo el día en su cuarto, sin hambre, sin aspiración alguna, el doctor se comunica con él mediante una llamada telefónica. Doctor... aunque podría ser un operador que solo presta su oído para escuchar el mal estar. Nunca lo sabrá, solo le queda confiar. Le indica que asista a un centro médico para hacerse un hisopado que determinará si tiene o no el virus. Es sábado por la mañana, luego de estar 24 horas encerrado en su habitación, parte hacia el centro médico.

No hay fila para ingresar, los espacios son amplios, todos los trabajadores están protegidos como si estuvieran en un lugar con riesgo nuclear, y apenas se le puede ver los ojos como signo de humanidad. Las pocas personas que están ahí para ser atendidos, entre ellos Leandro, son juzgados por la mirada de los trabajadores. Situación extraña, reina el silencio. La persona que habla no eleva su tono de voz sino que susurra como si todo fuera un secreto, un tabú.

Leandro rápidamente es atendido por el personal a cargo. Casi sin preguntar le insertan dos hisopos del tamaño de un lápiz, uno por cada orifico de la nariz. Las lágrimas no tardan en hacerse presentes. Esta vez no son ni de alegría, ni de tristeza; es el ardor del roce de los hisopos con los lagrimales lo que le produce este efecto. Casi echándolo le avisan que ya está hecho.

El día está esplendido, el sol le molesta en los ojos. Imagina cómo sería su futuro si desobedeciese los protocolos de cuidados y se escapará a tomar sol a una plaza. Pero no, debe volver a encerrarse en su habitación por tiempo indeterminado. Emprende la vuelta. Primera, segunda, tercera cuadra y aparece la plaza, radiante como pocas veces. Brillos en sus ojos. Observa detalladamente, como si fuera la primera vez. Nunca había pensado que podría envidiar tanto a las personas por el solo hecho de disfrutar de las manchas de verde césped, del sol, del viento, tan característicos de las tardes de otoño.

...

De vuelta en su casa, en su habitación, decide hablar con sus compañeros de trabajo. Se entera que todo su grupo está contagiado. Y no solo eso, sino que Hernán está en terapia intensiva luchando por mantenerse con vida. "Los cagones no hacen la historia", fue lo primero en lo que pensó, la frase que le había dicho Hernán a Leandro como respuesta al pedido de éste último para que respetara la distancia social. Ese fue el último día que se vieron. Sin pensar que podría serlo, se hicieron bromas relacionadas a sus equipos de fútbol, se recriminaron temas de trabajo que no llevaban a ningún destino. Solo para lograr hacer enojar a la otra persona, porque el que se enoja pierde, la norma implícita reinante en la oficina.

Oficina en la que no existe lo privado: todo es público. Diseñada como un panóptico en la que todos están controlados. Escritorios blancos y torres de papeles son uno. Resaltan las computadoras, con sus pantallas brillantes. Reina la dinámica del caos. Las acciones automatizadas de cada uno produce el sonido de los teclados. No paran de sonar. Es una constante. De vez en cuanto esto se interrumpe, se acuerdan de respirar, de mirar al costado, de mirarse. Repiten conversaciones y chistes, acompañadas de risas automatizadas. Alienación laboral se mezcla con desobediencia frente a los protocolos que nadie respeta para evitar el contagio de un virus que avanza en la población argentina. Pero eso no importa. Ese pareciera ser otro mundo. Las paredes blancas y grises contenían a la ficción laboral, haciendo de bunker, frente a la verdadera realidad que avanzaba de forma silenciosa, pero constante.

Todo aquello representaba un sentido de pertenencia relacionado a la impunidad, que Hernán expresaba mediante su frase, y que todos desarrollaban de manera inexplicable.

...

Domingo por la mañana, luego de interminables vueltas en la cama, Leandro logra levantarse. Se asoma por su ventana, pero las rejas lo separan del exterior. Un manto gris cubre el cielo del conurbano bonaerense. Una torre de cemento en construcción, símbolo de la modernidad, le obstruye parte de su vista hacia la naturaleza. Se acercan unos pájaros, le cantan de forma dulce. Supone que se están burlando. Ellos son libres y él no; es prisionero, lo más cercano a estar en la cárcel por un delito que no cometió.

Suena el teléfono. Golpe de realidad. Queda estupefacto, no sabe cómo reaccionar. Su estudio dio positivo. Tiene el virus. Tiene coronavirus. La ficción se acabó, el golpe de realidad llegó.

CAMBIOS E INCERTIDUMBRES

Leonardo Fabio Oliva

"Bueno ...¿Cuándo termina todo esto?", fueron las palabras de Andrés cuando veía que pasaban los días y aquello que había empezado como una aventura, eso de "no ir a la escuela y estar en casa sin hacer nada", ya se volvía un poco aburrido y no se entendía mucho lo que estaba pasando "lo del virus". Andrés vive en el Barrio Philips, en Escobar, enfrente de la plaza. Una plaza renovada no hace mucho tiempo, y esto hoy la hace más habitable y usable, porque se le da un mantenimiento más seguido. Le pusieron luces, juegos nuevos y un sector para ejercicios físicos, cuando antes era sólo un yuyal. Philips es denominado muchas veces, "con una mirada despectiva, como el barrio del fondo, el de la quema, cerca del Cementerio", con todo lo que implican las categorizaciones estigmatizantes sobre quienes viven en el barrio. Hasta hace unos cinco años atrás funcionaba un basural a cielo abierto. En el barrio era normal ver más ratas, el olor a basura y lo que se quemaba dejaba su marca impregnando con el humo a todo lo que encontraba en su camino.

Andrés realiza todas sus actividades en el barrio, por eso una de las cosas que más disfruta es cuando va a otra ciudad a visitar a su abuela. No sólo por lo afectivo, viajar, descubrir otras formas de vidas, sino también como oxigenándose de las rutinas cotidianas. Estaba muy contento porque empezaba su último año de primaria. Ya se escuchaba que algo estaba pasando en otro lugar con una enfermedad, pero no era relevante ya que pasaba muy lejos. Apenas pasadas dos semanas de empezar, las clases fueron suspendidas abruptamente. Se pasó de las expectativas de empezar el último año de colegio a quedar encerrados en casa. Ya no se podía salir, sólo ir a comprar a los negocios del barrio. De repente algo llamó la atención de Andrés, "una camioneta de la poli daba vueltas en el barrio y con parlantes nos decían que no salgamos de casa, tener distancia, usar barbijo, sólo salga un adulto a comprar". Este no fue el mayor asombro. Luego vio y escuchó lo que nunca antes había experimentado: un avión con parlantes que decía lo mismo que la policía, "lo del barbijo y eso".

La expectativa de haber empezado el último año de primaria se iba desvaneciendo, ya no había que ir a la escuela, usar el guardapolvo, dejar de ver a los compañeros/as, jugar en los recreos, "no ver a la seño". Había sentimientos encontrados. Por un lado, estar en la casa jugando con los hermanos, inventando juegos para pasar el día, salir a la vereda con un palito, una soguita y algo de carnada para cazar ranas, o agarrar la gomera para cazar algún pajarito, y por otro lado, y a la vez pensar, que a determinada hora tenía tal materia, o el último recreo que avisaba que faltaba poco para volver a casa, disfrutar el camino de vuelta, siempre era toda una aventura poder encontrar un perro callejero que se acercaba para ser acariciado, y hasta un "pasala, pasala" que gritaban los chicos que jugaban en la canchita al lado de las vías.

Las frustraciones empezaron a llegar. ¿Cómo hacer la tarea? Su papá no tiene un trabajo estable, su mamá cuida de los hermanos más chicos, aún a pesar de cobrar la Asignación, y esto se traducía en que no siempre había datos en el teléfono, no sólo para recibir un mensaje, sino también para entrar a Classroom para mandar la tarea. Otra opción era ir a la escuela a buscar la tarea, siempre que hubiese alguien para entregarla. El colegio

pasó de ser el lugar físico de la socialización, aprendizaje, y se convirtió en un centro de asistencia alimentario donde una vez por mes se entregaba un bolsón con mercadería para las familias que hacían largas filas. Cada mes se agregaban más familias para recibirlos debido a que no se podía salir a trabajar. En los días de pandemia resonaba "como extraño jugar en los recreos, viajar gratis en colectivo, saludar a la seño, estar con las/os amigas/os". Una de las cosas entre tantas que sorprendió a Andrés fue cuando empezó a salir la gente más seguido a las calles aunque todavía había restricciones, y una tarde que estaban jugando a la pelota en la Plaza "una vecina llamó a la policía para que mande cada chico a su casa, dejen de joder y se cuiden".

...

Así de rápido pasaron los meses, el año escolar se llevó a cabo y se enfrentó como se pudo. A toda la angustia se le sumó el haber tenido a papá y a mamá dos veces aislados en casa y con Covid-19. Pasaron las clases virtuales, se acercó el cierre del año, y otro evento fundamental en la vida y la familia de Andrés: "terminar la primaria y comenzar la secundaria". Pensar que ya entraba en unos mundos más de grandes. Un momento esperado desde el inicio de año, sólo que éste iba a ser totalmente diferente, por el contexto de la pandemia. Después de los meses transcurridos y sin ir a la escuela empezaron los preparativos para la entrega del certificado de término del año escolar, pero también para Andrés el cierre de etapa de la Escuela Primaria. Las maestras también sintieron el paso de la pandemia en la Escuela, pero también en su propia familia y círculo de amistad donde hubo quienes fueron infectados con el virus y algunos fallecieron.

Durante la semana previa a la entrega de certificado Andrés iba varias veces al día al portón con la cara entre sus manos y mirando como al vacío. Al fin llegó el día tan esperado, Andrés estaba más que expectante, volver a ver a sus compañeros/as con los que hizo toda la primaria, volver a saludar, hablar, comentar cómo les fue, cómo pasaron los meses que no se vieron, y tantas cosas que pasaban por su pensamiento. La llegada a la Escuela fue toda una aventura llena de expectativa, "las cuadras hasta el colegio parecían larguísimas". Lo primero que le llamó la atención fue que se podía ir con un solo adulto, el encontrarse en la puerta y apenas poder saludarse con un choque de puños, sin sacarse los barbijos y aquello que parecía iba a ser un gran festejo se volvía un momento corto, frío, donde las sillas estaban separadas. "Pasó súper rápido todo. Ahora a esperar y ver qué pasa el año que viene".

...

Parecía que el año 2021 iba a ser mejor, había más gente en las calles, se podía salir a trabajar, ir a la plaza, aunque para algunas personas parecía que la pandemia no era tan grave porque hacían juntadas y eso enojaba a Andrés y a sus hermanos. "¿Por qué ellos pueden salir y nosotros no?", era una pregunta frecuente en la casa de Andrés. Con las nuevas aperturas todo parecía ir paulatinamente a lo que se da a llamar la nueva normalidad. Aunque seguían las restricciones. Philips parecía que estaba viviendo en otra sintonía con lo cotidiano ya que había festejos de cumpleaños numerosos, muchas personas casi no usaban barbijos. Todo parecía traer más confusión que certezas en cuanto a cómo seguir

transitando la pandemia que no se había ido. La gente del barrio pareció empezar a darse cuenta de la realidad de la pandemia cuando comenzaron a conocerse casos cercanos de contagios y, lo más triste, quienes morían alcanzados por el covid-19.

Todo esto no era ajeno para Andrés que pasaba los días lo mejor posible, pero agobiado por un terrible aburrimiento impuesto por la pandemia. “Va a estar bueno este año, porque voy a poder ir a la escuela”. Andrés sueña con tener una profesión para ayudar en la economía de la familia y no seguir pasando necesidades, es muy creativo, capaz de hacer robots con hilos, cartones y plasticola, inventar y dibujar cómics dando soltura a su imaginación y capacidad creativa. Esto lo ayuda a pasar el tiempo libre que se tiene y parece no pasar más. Casi sin darse estaba preparándose para el comienzo de un nuevo año de clases: Andrés comenzaría su primer año de secundaria, y con mucha curiosidad preguntaba a papá y a mamá “¿cómo es la secundaria? “. No hablaba del edificio sino de ese camino que se transita a lo desconocido, lo nuevo, a lo que los padres no tenían una respuesta clara porque los dos no pudieron terminar su secundaria. Aunque las noticias que se escuchaban no eran muy alentadoras esperaban con muchas ansias el comienzo de la nueva etapa que tocaba enfrentar, a lo que las autoridades resolvieron que las clases se dictarían en burbujas de 10 niños/niñas que iban a ir una vez al mes a clases presenciales con todos los protocolos requeridos. Andrés llegó a ir una sola vez a la escuela, porque a pocas semanas de empezadas las clases se volvió declarar una nueva fase que no permitía la presencialidad en las escuelas. Volvió a recordar con tristeza todo lo vivido el año anterior a lo que esbozó en forma de suspiro, “¡otra vez lo mismo!”, como si en su mente pudiera imaginarlo y resistirse a no ir a la escuela, aunque los cinco días que le tocó ir fueron suficientes para hacer nuevos amigos/as. Esto aliviaba un poco la angustia en la vida de Andrés. “Bueno... ¿cuándo termina todo esto?”. Siguen siendo las palabras y la pregunta de Andrés.

ESPACIOS

LA PLAZA DE PAPPO

Jennifer Toledo

La plaza

En el corazón del barrio Villa General Mitre, confundido casi siempre con sus hermanos mayores Paternal y Caballito, está situada la plaza que allí conocen ahora por su nombre no oficial: "la plaza de Pappo". Delimitada por las calles Remedios de Escalada, Andrés Lamas y las Avenidas Juan B Justo y Boyacá, desde su inmovilidad, largo fue el recorrido que llevó a poder constituirse en una plaza con toda su entereza.

...

Su historia comienza a partir de 1937, cuando la municipalidad de ese entonces decide comprarle este espacio a un convento, que aún hoy funciona como escuela, para que forme parte del espacio público. El terreno era un predio inutilizado del convento que, separado por un alto muro, lo guardaba salvaje pero olvidado. Una vez vendida a la ciudad, a falta del accionar del convento, vecinos de ese entonces tiraron el muro que la mantenía bajo el claustro religioso, para erigirse finalmente emancipada. Este fantasma de baldío desolado que persiguió a la plaza durante décadas, hoy, con las vueltas inesperadas que tiene el curso de la historia, parece haber quedado atrás.

La municipalidad le dió el nombre oficial de uno de los varios presidentes militares que tuvo el gobierno argentino, Roque Saenz Peña. Nombre que aún conserva, pero que hoy nadie conoce. Verdad es que por mucho tiempo esta plaza, sea por el karma de baldío trasero olvidado o la emocionalidad militar, fue un lugar desolado. Entre la escuela enorme que nunca dejó de darle la espalda y la avenida Juan B Justo que la corta como una guillotina de ruido ensordecedor y color mórbido y opaco, ese espacio verde fue una especie de cuadrado recortado del mapa, una abstracción sin interpretación, un vacío. Un lugar presente pero ausente. Dualidad que la caracteriza desde su inicio, y con la que curiosa y mágicamente se bautizará a una escultura que montarán vecinos del barrio en una de sus esquinas a principios de un nuevo siglo.

Ausencia – Presencia

Con la muerte del músico conocido popularmente como Pappo, a principios del nuevo milenio, y habiendo sido vecino del barrio esta leyenda del blues, el rock y el heavy metal argentino, su familia y fanáticos decidieron rendirle culto en una de las puntas de la plaza. En la esquina de Andrés Lamas y la av. Juan B. Justo y bajo la gracia del permiso municipal, erigieron su monumento, una obra que realizó la artista Virginia Carames y que tituló Ausencia Presencia. ¿Conocía la escultora el espíritu que siempre acompañó a esa plaza?

La escultura, dos hojas de chapa y hierro, recortan la silueta del astro en su pose magistral: con sus rodillas en el suelo puntea su guitarra en lo alto como un gran trofeo de cuerdas y sonidos tocando alguno de sus prodigiosos solos. Debajo se ve una placa de mármol marrón donde está grabada una frase: "Cuando no sientas las caricias de mis manos y el calor de mi

cuerpo, guitarra... vas a llorar." Y al menos en ese lugar Norberto Aníbal Napolitano, quedará inmortalizado como un cristo musical de hierro que acaricia a su guitarra amparándola del llanto eterno.

La Plaza venía de varias décadas de desidia, donde los noventa terminaron de representar un gran abandono a la vida del espacio público de los barrios periféricos de la ciudad. La oda al shopping, a los paseos por pasillos bajo techos con vidrieras gritando "consuman", al resguardo de la moda del secuestro express, entre otras costumbres bajo profundos cambios, terminaron de extirpar a las plazas de los barrios del interés de vecinos y vecinas, que las dejaron vacías en la búsqueda de espacios privados con entrada y salida vigilada.

Aunque la plaza siempre se mantuvo resistente al olvido, la calesita en la esquina de Remedios y Andrés Lamas nunca dejó de girar, y hasta sobrevivió al aplastamiento de uno de sus añosos árboles que cayó sobre ella. Como un reloj, o un corazoncito que no quiso dejar de latir, se sobrepuso, y, pasando de mano en mano, terminó al comando de los gitanos de la calle Boyacá, vecinos del barrio que al mismo tiempo no lo eran, ni de acá, ni de allá, gitanos como dios manda, que abrieron la calesita durante esos duros años despoblados, sin parecer que les importara que fuera un negocio nada redituable.

También durante ese tiempo fue lugar de un tipo de género del barrio, diurno pero más de noche: el pibe y la piba de la esquina, el pibe y la piba de Argentinos Juniors, el transa del barrio, que fueron tomando lugar y ocupando el banquito del porro y la birra y los golpes de machitos que siempre les hacían falta. También fue cobijo al sol de alumnas y luego también alumnos de esa escuela que no la miraba, donde encontraban refugio para el puchito de la mañana, o la rateada, o algún lugarcito apartado donde poder apretar.

La plaza parecía contar con el poder de hacer invisible a quien quisiera transitarla. Hasta que la llegada del santo del blues desde su nuevo templo pagano de metaleros, plagado de un sinfín de ofrendas del folklore del metal (púas, latitas de cervezas, cigarrillos, cartas y poesías anónimas), la hizo renacer un poco con él. Y desde ese momento quedó rebautizada como "La plaza de Pappo". Con el misterio de las cosas que parecen destinadas a unirse, Pappo y la plaza terminaron juntos a la par.

Juntos a la par

Tierra gitana, tierra de la birra y la moto, de la adolescencia furtiva, de fanáticos metaleros, que con recitales iban repoblando de a poco lo que fue la intención de ser una plaza de un barrio de una ciudad. Conformándose como una especie de familia ensamblada que transitaba la plaza se le fue sumando también la murga de Paternal que, ante el espacio libre, encontró lugar para sus ensayos. Más tarde algunos grupos empezaron a organizar encuentros de freestyle, dando lugar a la nueva movida cultural de jovencitos de barrios de "Riñas de gallo"

Además, con el tiempo, distintas gestiones municipales pusieron empeño en mejorar ciertos espacios, como el de juegos, lo que daba lugar a un sector hasta ese momento muy dejado afuera, los más chicxs.. Se pusieron juegos nuevos, y la plaza de arena empezó a ser

una excepción en una ciudad de Buenos Aires que plastificaba casi todos sus espacios, trayendo vecinxs de otros barrios que buscaban para sus hijos la diversión de los castillos, la palita y el rastrillo. Una plaza con ganas de ser más una plaza.

De a poco se iba volviendo un lugar más presente, más entero. Una plaza con lugar por igual al sinfín de tribus urbanas que hacían su uso, y de las familias desprovistas de prejuicios que militaban el uso del espacio público como espacio de todxs. Una plaza como madre de hijos de padres distintos, madre de todos por igual.

...

Hasta la hecatombe. Todo el gran proceso de visibilización y ocupación que lentamente se había desplegado durante el último tiempo en la plaza quedaría detenido por completo con la llegada al país, al inicio del 2020, de la pandemia generada por el virus que nombraron COVID-19, y que azotaría por completo el mundo y cambiaría por un tiempo indefinido todas las costumbres, las rutinas, los cuidados y las libertades que se tenían hasta ese momento. Para dejarla vacía nuevamente en un abrir y cerrar de ojos.

Pandemia, Rock & Roll y Fiebre

Mundialmente se determinó que la única prevención al contagio del virus que circulaba y ponía en riesgo la vida de los humanos en la tierra era por medio del aislamiento colectivo de todxs en sus respectivas viviendas. Las grandes ciudades del mundo, y no tan grandes, se volvieron espacios desolados por primera vez en la historia de su creación. Calles, veredas, y espacios públicos desiertos. Y a partir del disparo de casos en marzo de ese año, el gobierno nacional determinó el aislamiento casi total de toda la población, lo que se conoció como "Fase 1". La plaza de Pappo había vuelto una vez más a su viejo estado de invisibilidad, y, aún peor, ni siquiera estaban lxs que nunca la habían abandonado.

Aunque libre de humanos, los habitantes más invisibles de todos, pudieron, por primera vez desde que no era más baldío, ir a sus andas. Nuevas generaciones de aves, cotorras, palomas, y demás especies de pajaritos empezaron a tomar la plaza como si fuera una reserva de naturaleza pura. Una pareja de chimangos de gran altura que solo contaban con su nido en lo alto de un árbol en el medio de la plaza, ahora podían caminar a sus anchas por todo el parque en todo momento.

...

Pasaron meses, 2 o 3 de Fase 1, donde solo se permitía salir a hacer las compras necesarias de alimentos y necesidades básicas. Fagocitados en el encierro insoportable, todo espacio con tierra y árboles, sin paredes, era un oasis para cualquiera. Y con la misma necesidad de encontrar agua para alguien que se pierde en un desierto, la necesidad del encuentro de un espacio al aire libre se volvía una necesidad imperiosa de supervivencia ante el hastío del encierro en los cubos de cemento en que se habían transformado la mayoría de los hogares de la ciudad. Lo que había sido la común y ordinaria realidad para cualquiera que haya nacido en una ciudad ahora se había vuelto una anomalía. Cruzarse a alguien, caminar

por la vereda, llegar hasta un árbol, mirarlo, pisar el pasto. Saludar, eran necesidades imperiosas.

La plaza, entonces, dejando atrás su pasado gris, empezó a ser el centro de todos los ojos, como una mina de oro, más bien de oxígeno, amplitud visual, y encuentro con un otro para cualquier vecino. Y motivo para que muchos tramaran algunas trampas para poder circular un rato por las calles y aunque sea llegar a la vereda con tal de ver un par de copas de árboles juntas.

El hipermercado al costado de la plaza, que era entonces un lugar concurrido, abierto durante todo el periodo de aislamiento, empezó a ser motivo de excusa para que muchos vecinos pudieran dar una vuelta a la manzana, con bolsa en mano; muchos clientes esquivaban la puerta de entrada y seguían como parte de su camino de la vuelta a la manzana.
La plaza tenía vigilancia, y si algún distraído obstinado se mandaba a cruzarla por el medio, no pasaban muchos pasos que lo invitaban a retirarse. También se sumaban a los que paseaban al perro, y ya pronto se podía ver familias enteras, sin diferencia de edad, estilo y género llegando a las cuatro veredas de la plaza como de paso. Para ese momento el uso de tapabocas ya se había vuelto una realidad hecha carne y no había persona que no hiciera su uso. Un poco más arriba, más abajo, todos hacían uso de él.

El barrio, Blues Local

Villa Mitre era un barrio también como su propia plaza, un poco invisible para varios vecinos que la habitaban. La mixtura de identidades diversas que han habitado el barrio no se veía en las calles, Tal vez por un miedo a la inseguridad heredado de los noventa, tal vez por no tener barcitos, restaurantes en la zona, los vecinos de mejor poder adquisitivo subían a sus autos y paseaban por otros barrios, y los más humildes se recluían en sus casas. Quedaban solo algunas cuadras con el resabio de haber sido un barrio de casas bajas donde todos acostumbraban a conocerse de toda la vida y las veredas un lugar de encuentro y de niños que jugaban al ring raje o a la pelota en las calles poco transitadas.

Con el tiempo, los abuelos y las abuelas fueron muriendo y muchas de estas casas fueron vendidas, y los que quedaban, al ver como se poblaban las cuadras de nuevos moradores desconocidos, movidos por la desconfianza preferían abandonar las veredas. A su vez, nuevos moradores sentirían el peso de esas miradas que no les daban la bienvenida. Sumando la sensación de inseguridad promovida por las teles en cada casa, el barrio también se fue volviendo un lugar de casas puertas adentro.

Misteriosamente, el aislamiento liberaría a muchos vecinos, si no la mayoría, de este patrón barrial, No quedó quien no tuviera la imperiosa necesidad de salir a la vereda a respirar el aire que les faltaba adentro. De repente, ya nada más importaba. Los saludos escatimados brotaban en cada cruce. Ni miedos, ni prejuicios parecían tener cabida.

Pandemia en primavera. Buscando Un Amor

Varios meses después de vivir el aislamiento más duro de la Fase 1, el Gobierno Nacional comenzó paulatinamente a permitir las salidas. La gente parecía salir expulsada de sus

casas y parecían brotar por cada metro cuadrado que se viera verde. La plaza de Pappo se pobló: “nos vemos en la plaza de Pappo”, estaba en boca de cualquierx vecinx que llegaba a la plaza para disfrutarla. Cada centímetro estaba ocupado, transitado, vivido, cada quien buscando un pedazo de esa tierra que ahora sentía que le pertenecía. La plaza, ahora sí por primera vez colmada.

Plaza adorada.
Una plaza feliz.

Un día de esos empezaba bien al alba. Los primeros en llegar eran los papás y mamás de lxs más chicxs, que madrugando encontraban más espacio y sol, frente a la fuente, se armaba el picnic en las gradas donde lxs mas pequeñxs podían manotear libremente alimentos compartidos mientras jugaban entre bicis, pelotas, monopatines.

- Hola, ¿cómo estás? ¿Querés jugar?
- Hola, ¿Querés ser mi amigx?

Eran las frases que daban inicio a una jornada de amigos express del día. Acostumbrados que cada tanto algúnx adultx se acercara con el roceador de alcohol y como parte del juego, formaban fila con manos extendidas para recibir su dosis de sanitizante.

Tal vez a causa de que la zona de juegos estuviera cerrada, cualquier lugar era la hamaca o el tobogán. El juego estaba en cualquier lado, y con cualquierx otrx niñx. Y así se iba armando el día para la niñez que iba llegando. El ombú al lado de la canchita, también cerrada, era trepado por niñxs como si fueran hormigas, que convertían a sus enormes raíces en silloncito y puentes, y caminos, y lomos de animales fantásticos. Mientras que el canil de arena, dando la vuelta por Andrés Lamas, estaba siendo usurpado y reconvertido en una especie de playita con despliegue de palitas, rastrillos, y castillitos, en el centro, la zona destinada a unas plantas de ligustrina meticulosamente podadas, estaba funcionando como un laberinto donde el mástil con la bandera era el podio a modo de Minotauro.

La mañana también daba lugar a la llegada de la tercera edad que iban ocupando los asientos de cemento a lo largo de los pasillos internos de la plaza, o los menos achacados que podían llevar asientos desplegables que ubicaban en algún espacio con pasto. Solxs, en pareja, asistidos por familiares, con perritxs, a pasar el rato, a mirar, a recuperar aquella practica de antaño de la silla y la vereda. A la hora del almuerzo algunos levantaban campamento y volvían a sus casas a almorzar, otros desplegaban alimentos fáciles de comer sobre las bases de mantas que habían montado y seguían la jornada.

Y por lo general más bien a partir de las 15 horas se veía el ingreso de adolescentes y jóvenes a tomar los pocos lugares que iban quedando disponibles. La esquina de la calesita era parada de un grupo de chicas de unos 13-15 años, bien lookeadas, que, entre cuchicheos y selfies, caminaban encarando hacia la fuente como si fuera la pasarela de un desfile de los noventas. Empoderadas, las chicas se abrían paso por el camino y rozaban por el costado al grupito de chicos que buscaban encarar alguna charla. Otro grupo de jóvenes de aproximadamente 20 años llegaba con sus mantas en busca de algún sector de pasto libre,

lentes de sol, celus y parlantito a pasar la tarde y hacer rancho para que el resto de amigxs fuera cayendo. El sector de mesas cerca de Pappo era ocupado por el festejo de un cumple con un gran despliegue de guirnaldas colgadas de las rejas que cercaban la estatua rockera y algunas ramas, globos, mantelito, y una torta con velitas esperando la hora del canto del feliz cumpleaños.

El sector de los pases de baile se armaba siguiendo por Juan B Justo, justo en el medio donde hay una gran explanada de cemento que tiene pintados los pañuelos blancos de las madres que algún grupo dejó en memoria de su lucha, chicas y chicos al ritmo de un trip hop que sonaba fuerte ensayaban coreos. Los que caían con sus mascotas recorrían los caminitos. "¿Es buenito?", le preguntó un chico que sostenía a un cachorrito esperando la respuesta de una señora que paseaba un perro de gran tamaño. "Es más bueno que Lassie", le soltó la señora. Y al instante los perros correteaban alrededor de sus piernas enredándose con las correas.

...

El sol y las sombras que daban los árboles se iban corriendo hasta la llegada del atardecer, indicando el paso del día, pero los únicos que parecían tener en cuenta el tiempo eran los runners, quienes tenían indicado por orden municipal iniciar sus ejercicios a partir de las 18 horas. Vestidos acorde a la situación, llegaban haciéndose lugar en la vereda para convertirlas en una especie de autopista de tracción a sangre, mientras los de la manta, el parlantito y los lentes de sol aun puestos inauguraban una nueva vuelta de latitas de cerveza con la música un poco más alta, rememorando aquellas noches de bares, y otras familias sobreviviendo el mediodía, como si tuvieran su amado asado y la extensa sobremesa, continuaban esas charlas que parecen no tener un fin.

Los grupitos adolescentes aprovechaban el último rato antes que algún adultx los buscara, y lxs pibxs del barrio de siempre caían a su banco de siempre, con sus birras de siempre, con sus charlas de siempre. De a poco con la noche todxs iban volviendo a sus casas con el deseo de volver al día siguiente.

La plaza de Pappo. Llegará La Paz.

Bar, playa, boliche de medianoche, quincho, gimnasio, shopping, matiné, esquina, marginal, careta, joven, fit, viejx, lxs de nunca, lxs de siempre. Esta plaza, que no había sido vista durante décadas, bajo el designio de una pandemia que dió vuelta la normalidad de casi todo por un tiempo, logró torcer ese pasado gris del que parecía no podía deshacerse. Teniendo lo bueno de lo malo para sí. En la plaza de repente todxs encontraban su lugar.

Ese lugar que no se lo daban sus hogares.
Todes.
Amando la misma plaza.
Nos vemos en la plaza de Pappo.

(RE)ORGANIZAR LA VIDA EN PANDEMIA

Paula Ruiz

Suena el despertador, afuera todavía está amaneciendo y por las cortinas de la ventana del cuarto se intenta asomar un hilo muy suave de luz. Hace frío, el otoño ya se empieza a sentir y a Lucy le cuesta salir de la cama. El despertador suena varias veces, 7:30, 7:40, 7:50. La monotonía de otro día. No hay muchos ánimos para levantarse. El calor de la cama contrasta con el aire fresco que se siente en la habitación. Finalmente, Lucy toma fuerzas, con los ojos casi cerrados prende la computadora y en menos de cinco minutos tiene un nuevo meet. O sea, una clase. En pijamas, despeinada y con la cara aún sin lavar. Total, "la profe no exige prender cámara para las clases". Pareciera que ni ellos tienen ganas de empezar otro día virtual. El resplandor que emite la notebook es la luz que, finalmente, amanece a Lucy en un nuevo día.

Es un día cualquiera, la monotonía hace que se pierda la noción de qué día es. Ya no se van contando cuántos días de cuarentena llevamos. El año pasado se tachaban en el calendario cual preso espera cumplir su condena. Acá no hay condena. O sí. No se sabe, tal vez una condena divina. El diluvio universal, las diez plagas de Egipto, la epidemia de Châm del siglo VII, la peste de Justiniano, en el Imperio Bizantino, la peste negra. Lucy recuerda la clase de catequesis. Cierra los ojos, alzando las cejas y con una leve sonrisa torcida, menea la cabeza negando ser posible tanta información y sigue con las tareas que tiene para hoy. Hace poco más de un año la epidemia que azotaba a China, se veía muy lejana y ajena de la vida de Lucy, de su familia y amigos. Pero de la noche a la mañana todo cambió, la epidemia se transformó en pandemia y la vida cotidiana como película de ficción. "Estas viviendo historia, Lucy. Tus nietos van a estudiar en el colegio lo que estás viviendo hoy", le dice la abuela Ana. Desde el gobierno disponen medidas preventivas para disminuir los contagios, la gente se enferma y muere rápido, sin que los médicos puedan hacer mucho. Restringen la circulación en las calles, cierran teatros, cines, clubes, shopping y colegios. Hay toque de queda y después de las ocho de la noche no se puede salir, salvo excepciones. El 15 de marzo de 2020 es una fecha que quedó grabada en la memoria de todo el país, el día en que todo cambió en forma brusca e inevitable. El presidente Alberto Fernández, a pocos meses de asumir la conducción de la nación, anunció en conferencia de prensa la suspensión de las clases presenciales en todos los establecimientos educativos, desde Ushuaia hasta la Quiaca, junto con las demás restricciones que hicieron que el país entero se ponga de cabeza.

Lucy tiene 16 años, va un colegio técnico, con doble escolaridad. La mayor parte del tiempo lo pasaba en el colegio, con sus amigos. Es una chica sociable y hasta hace poco disfrutaba de las tan esperadas fiestas de 15, reuniones con amigos, pijamas party, picnics en la plaza. Las actividades normales para una chica de su edad.

...

Hubo que reorganizar la vida, el trabajo, el colegio, los vínculos. Las clases ahora son por plataformas virtuales. Los que pueden, trabajan desde casa, home office, pero para la mayoría ya no es ni home, ni office. Los horarios se extienden, los vínculos se acortan.

Las relaciones se limitan a una imagen en una pantalla. Las personas están perdiendo su corporeidad, la tridimensionalidad de los encuentros. Algunos se fueron acostumbrando, pero otros, como Lucy, como sus amigos, como muchos adolescentes y no tan adolescentes, no ven la hora de volver a la vida antes. Ni casi, ni parecida. La vida de antes.

"Como extraño salir como hacíamos antes", le dice Lucy a su mamá, mientras meriendan juntas en el patio, tomando un poquito de sol en el rostro. La mamá solía sorprender a Lucy, cualquier tarde, con una merienda de chicas en algún nuevo barcito bohemio, bodegón, poco transitado, de esos que sirven el café con leche como en casa, con tazones grandes, con tortas y pasteles caseros. Salir ahora implica tener demasiada atención. Se extraña ir sin miedo al contagio, respirar sin tapabocas, las manos resecas por el alcohol. El aroma de los hogares ahora es uniforme: huelen a lavandina. "¿Estaremos perdiendo también los aromas?", se pregunta Lucy cada vez que la mamá pasa el trapo al piso por enésima vez en el día.

...

Y así pasan los días, las semanas. Otra vez es sábado, casi las cuatro de la tarde, el día parece primavera. Está cálido, sin nubes en el cielo, apenas alguna perdida que no llega a tapar el sol. Una que otra mariposa se cruza con las abejas que están jugando en la planta de zapallo que sigue dando flores. Calabazas solo una. Suficiente para el orgullo de la mamá de Lucy. Olor a pasto recién cortado, el aire y el sol se sienten agradables.

Los papás de Lucy siguen haciendo de esas cosas típicas que suelen hacerse los sábados: limpiar, acomodar cosas que en la semana ni se ven. Van y vienen de arriba para abajo y de abajo para arriba. Lavar el auto, la vereda, la ropa, la cucha de los gatos. Lucy en compañía de su novela de aventuras, relaja la cabeza del colegio: tendida sobre una manta en el pasto frunce el ceño al mirar la pila de ropa que la mamá lava y tiende. No puede comprender cómo es que se puede ensuciar tanta ropa sin salir de casa. "Si estamos todo el día con lo mismo", se dice para sí. Pasa del pijama al jogging, cuando decide dejar el pijama por culpa. De repente sale Tania enrojecida, con la cara hinchada y los labios apretados, enojadísima porque no la dejan salir a andar en bici con las amigas. En estos días el contexto, fuera de casa, se está poniendo crítico otra vez por el elevado número de contagios y fallecidos cada día. Entonces salir a dar vueltas en bici significa plaza, amigos y lugares públicos que a los papás de Lucy no les gusta frecuentar, ni que lo hagan sus hijas. Tania se recuesta al lado de Lucy buscando su complicidad. Lucy sigue atenta a su novela, ni atina a desviar la mirada de su lectura. Esta vez no quiere participar.

...

Los domingos son más lentos. Más que los otros días. Incluso mucho más que los domingos de hace un año y medio atrás. "¿Qué comemos hoy?" Otro día que va rumbo a terminar y no pasó nada nuevo. Otra vez. Tania desde su escritorio vuelve a gritar "¿qué comemos hoy?" Son más de las ocho, la casa está oscura, como si no hubiera nadie. Solo se ven las luces de las laptops que iluminan los rostros. Tania en su cuarto, oscuro también, doble pantalla. Mientras en el pc tiene abierta una tarea de lengua, que parece infinita, al costado el celular

con un video de Robleis, el youtuber que hoy está de moda entre los chicos de su edad. Lucy en su cuarto, con más tarea del colegio, su papá en el sillón con el celular, chequeando mails del trabajo acompañado de una lámpara que refleja una suave luz azulada que apenas alumbra. La habían comprado cuando Tania era chica y tenía miedo de dormir con la luz apagada. Tania ya creció y la lámpara sigue ahí.

La otra luz que puede verse viene de la computadora de la mamá de Lucy, en la cocina. La única que está un poco más activa. Mientras termina un informe del trabajo, chatea por el WhatsApp web con una amiga y busca en internet algo distinto para hacer de comer con lo que tiene en la heladera. Porque Tania sigue diciendo – a gritos- que quiere cenar. En esta cuarentena lo único que no se detuvo es la cocina. A su mamá se le acabaron las ideas de innovar en el arte culinario. Así que pide ayuda. En la casa de Lucy todos cocinan. Siempre fue así, porque los horarios muchas veces se cruzaban y había que arreglarse. La cena era la única hora de encuentro. Pero también como todos estaban cansados por sus atareados días, la cena era cuestión de quien tuviera ganas de cocinar, o quien tuviera más hambre.

En esta era pandémica eso no cambió. Ya no entran y salen de la casa, salvo el papá de Lucy y alguno que otro mandado. Sin embargo, todos siguen ocupados y cansados esperando que llegue el fin de semana para relajar un poco la cabeza y dejar las pantallas. Pero al final siguen conectados, porque no importa qué se esté haciendo, todo hoy pasa por esa diabólica y necesaria pantalla. En todos sus tamaños.

...

Empieza una nueva semana. No hay nada nuevo previsto en la agenda familiar. El papá de Lucy se va al trabajo. La mamá en su escritorio y Lucy y Tania tienen meet. Cada una en su cuarto. La gata les hace compañía un rato a cada una. Va y viene. Para que nadie se ponga celosa. Afuera hay sol, pero ya empieza a sentirse el frío por las mañanas. El contraste empaña el vidrio de la ventana de Lucy. Otro invierno que va a pasar lento y encerrada. Lo único diferente es que puede verse con sus mejores amigas algunas veces y eso hace que sea más divertido. Por otra parte, cada vez más se escucha de casos de personas cercanas, amigos de amigos y familiares de amigos que ya no están, y cuando piensa en su familia, Lucy se siente agradecida de tenerlos con ella. Hacen que esta pausa no pese tanto. Sabe que no va a durar para siempre. Hay personas que vivieron en guerra por años –lo estudió en las escuela– y perdieron todo. No tenían donde resguardarse. Lucy tiene a su familia, su hogar y sus amigos, aunque tengan que dejar el cine, las fiestas y los abrazos para más adelante.

EL REENCUENTRO CON EL HOGAR

Melissa Wonner

El jueves 19 de marzo de 2020, desde el Gobierno Nacional, se decretó el aislamiento social preventivo y obligatorio. Esto implicó la suspensión de vuelos internacionales, el cierre de restaurantes, cines, shoppings, espacios culturales, que todos permanezcamos en nuestras casas, toques de queda en distintas provincias, restricción de los distintos transportes públicos y descontento general de la población. Esto marcó un hito en la sociedad argentina, dónde el alcohol en gel fue el nuevo artículo en la cartera de la dama y el bolsillo del caballero, dónde el barbijo se convirtió en la prenda más utilizada, donde la distancia ya no es sinónimo de frialdad sino de cuidado al otro, donde los abrazos fueron reemplazados por choques de codos, donde como sociedad nos tuvimos que adaptar a una nueva forma de vida en pos de poder sobrevivir a esta emergencia médica universal conocida como COVID 19.

...

Bajo el sol de los últimos días de verano, Rosa transplanta su tan querida Santa Rita. Escarba en la bolsa buscando los últimos escombros de tierra para rellenar la nueva maceta. La planta de blancas flores se encouentra con las raíces apiñadas en su estrecha maceta, la necesidad de un cambio es inaplazable, pero con todos los viveros cerrados Rosa se vio obligada a improvisar una maceta con un tacho de pintura. Con tanto tiempo libre y el descubrimiento de varios tachos de pintura más, Rosa dedicó el resto de los días a renovar su jardín. Después del miedo provocado por el desconocimiento del virus y los protocolos, decidió pensar estos 15 días encerrada como un recreo de la vida normal. Se animó a plantar unas rosas Gioia, una variedad de las que nunca había tenido por la cantidad de cuidados que requiere, reordenó todas sus macetas y ubicó una reposera en medio de sus plantas. Mientras barre las hojas secas del piso, habla con sus plantas, les cuenta su día, lo que vio en los noticieros, las llamadas con sus familiares. Las plantas se volvieron su única compañía, y el patio en donde están, se convirtió su nuevo lugar favorito. Por la tarde toma el té bajo los últimos rayos de sol del día, leyendo a sus queridas plantas las palabras escritas por Cortázar.

...

Pasaron los meses y llegó con agosto otro anuncio presidencial, extendieron la cuarentena por décima vez. Carla no lo podía creer. Agradecida por la posibilidad de hacer home office, pero conflictuada con la convivencia en cuarentena. A la hora de mudarse con Facundo no habían priorizado muchas comodidades en el departamento, al fin y al cabo era un techo bajo el cual cenar y dormir. Lo que hasta ahora había sido un método de ahorro, con la cuarentena se volvió el motivo de una inminente separación. Carla recorría el pequeño y oscuro departamento en búsqueda de un rincón donde instalarse a trabajar, lejos de Facundo y su exceso de información sobre la situación actual, lejos de la televisión prendida en uno de los noticieros locales donde contabilizaban la cantidad de muertos y contagiados, lejos de los diarios que mostraban los comercios cerrados, lejos de las

COTIDIANEIDAD

radios que hacían entrevista sobre entrevista a dirigentes políticos, lejos de los medios de comunicación que lo único que le generaban era miedo. La paranoia generada por las noticias y el descontento por su situación actual la obligaron a enfocarse en su trabajo, y de esa forma, Carla se trabajaba más de 10 horas por día, porque era constante, no había cambios que dependieran de factores externos, sobre eso sí podía tener ella el control.

...

El verano llegó junto a la vacuna, y con ello, una luz al final del túnel. A partir de un contrato con el Fondo Soberano de la Federación Rusa, el presidente afirmaba que para el fin del verano iban a haber más de 10 millones de personas vacunadas con la Sputnik V. Las campañas de vacunación iban a priorizar casos de riesgo y personas mayores, otorgando turnos de forma online, todo parecía estar perfectamente organizado.

Luciana escucha el timbre, baja el ascensor y encuentra en la puerta al repartidor de MercadoLibre, mira al portero del edificio y en medio de una risa cómplice, piensa cómo este es el sexto pedido en llegar esta semana. Después de firmar la entrega del pedido, sube a su departamento con los nuevos estantes. El living ers un desastre, libros apilados por todos lados, carpetas con documentación importante tiradas en el piso, y en medio de todo eso, la mamá de Luciana organiza una caja con fotos viejas. Después de los problemas de convivencia con los que se encontraron al comienzo de la cuarentena, se propusieron reorganizar los espacios de la casa, y utilizar el living como oficina, para que las horas de trabajo y estudio puedan llevarse a cabo en un lugar específico, sin molestarse entre ellas o monopolizando espacios de la casa. Luciana empieza a visualizar dónde ubicar los estantes y de qué forma poder empezar a ubicar sus cosas. Después de varios intentos, lecturas de instrucciones, tutoriales de Youtube e improperios lanzados al aire, habían logrado colocar los estantes, de modo que el living quedó amueblado con dos escritorios, y el espacio suficiente para que cada una pudiera organizar sus pertenencias.

...
A med
iados de febrero del 2021, casi un año después del comienzo del confinamiento, se corría el rumor de irregularidades en las campañas de vacunación. Lo que en algún momento había dado esperanzas al pueblo argentino, empezó a estar asociado a palabras como corrupción, favoritismo, partidario, privilegios. Se revelaron unas listas oficiales con los nombres de las personas que habían sido vacunadas en el Hospital Posadas por su condición de “personal estratégico”, lo que desató el enojo de los ciudadanos, y derivó en la renuncia del Ministro de Salud Gines Gonzales García el 19 de febrero.

Otra noche más que Juan se encuentra sin poder conciliar el sueño. Da vueltas y vueltas en la cama. Al principio de la cuarentena parecía una buena idea desvelarse un par de noches, siendo que la situación estaba prevista para durar, como mucho, 15 días; era divertido reconectar con amigos mediante videollamadas, Netflix Party y juegos online, pero todo eso desembocó en un desarreglo de las horas de sueño que hoy no tenía arreglo. Después de pasar días enteros en su pieza para estudiar, trabajar, entrenar, el espacio parecía todo menos un lugar donde dormir. Había intentado, todo estos últimos meses,

desde meditación, hacer más deporte con tal de cansarse, limitar el consumo de cafeína, hasta intentó probar distintos derivados de la melatonina, pero nada parecía funcionar. La situación con la pandemia no parecía mejorar y a las preocupaciones diarias, se le agregaba la salud de sus padres, el turno para la vacunación parecía no llegar más, y los meses de encierro seguían pasando. Y hoy, otra vez, está en silencio, con todas las luces apagadas, pero aun así, da vueltas en la cama pensando cómo en un par de horas deberá estar despierto, preparado para las reuniones que le esperaban en el trabajo, y llegada la noche, las clases virtuales, todo esto sin haber podido conciliar el sueño.

...

En medio de todo el escándalo provocado por la distribución de vacunas, las clases presenciales en la Ciudad de Buenos Aires comenzaron el 17 de febrero, dejando a muchos padres preocupados por la salud de sus hijos, de cómo se iba a encarar el hecho de abrir las escuelas para que los chicos estén en contacto estrecho con sus compañeros, de cómo se estaba yendo en contra a todas las recomendaciones dadas por los profesionales médicos. Con la mayoría de los padres haciendo campañas para que sus hijos vuelvan a la escuela, Sandra se aterra ante la posibilidad de que sus chiquitos se contagiaran en un aula. Mientras está en una vidva a hacer para mandarlos al jardín ¿como se le explica a niños de 3 y 5 años que no pueden jugar con sus amigos, que no pueden pedir útiles prestados en el aula, después de haber estado tanto tiempo recalcando la importancia de compartir? ¿Cómo se les hace entender que todas esas normas sociales de afecto y respeto por el otro como el beso de saludo, el abrazo, debían dejarse de lado? Al término de su jornada laboral guarda la computadora, y empieza a preparar la merienda para sus niños; el horario en el que antes se encontraba viajando del centro hacia su casa, hoy lo aprovecha para compartir este momento, en la barra de la cocina, mientras sus hijos toman la leche chocolatada, le cuentan las cosas que aprendieron en las clases virtuales, y aprovechan el momento para hacer las tareas.

...

Con el frío llegó la tan temida segunda ola. Se llegó a superar los 35.000 casos diarios, por lo que el presidente dispuso volver a Fase 1. El 20 de mayo de 2021 se establecieron nueve días de confinamiento estricto, con la circulación restringida, el cierre de locales no esenciales, y, nuevamente, el descontento de la población.

Pasados más de 14 meses del primer anuncio de cuarentena estricta, hoy, estamos más adaptados a los nuevos espacios que tuvimos que habitar. La nueva fase 1 nos encuentra ya acostumbrados a una cuarentena estricta. Con las campañas de vacunación, ya podemos especular cuando todo esto tendrá un fin, no sin haber dejado un impacto a nivel social en el que nos cuestionamos la importancia de la presencialidad, en el que fuimos obligados a replantearnos que consideramos esencial y que no. Pero algo nos quedó muy claro, “no hay lugar como el hogar”.

LOS PROTOCOLOS DE LA VIDA

Ángeles Pereyra

Lo que era normal y cotidiano, de una semana para otra cambió. La escuela ya no iba a ser igual, tampoco el trabajo, ir al supermercado, al hospital o hasta subir al colectivo. De pronto, había nuevas normas de convivencia.

Año nuevo, virus nuevo, el 2020 prometía ser bueno, el comienzo de una nueva década, era un número con encanto y el favorito de muchos. Sonadas las 00:00 el primero de enero todos chocamos nuestras copas al sonido del "chin,chin" con el champagne más caro o con la sidra más barata, algunos agarraban sus maletas y corrían alrededor de sus casas para que el 2020 esté lleno de viajes, otros comían doce uvas pidiendo unos deseos, y los chetos veían las burbujas del champagne tratando de predecir su suerte. Los deseos más comunes, amor, dinero y salud, de esa manera se daba comienzo a un 2020 para el olvido.
El rumor, sin embargo, estaba: "los chinos crearon un virus nuevo", "se les escapó del laboratorio", "somos argentinos, hierba mala nunca muere", "no va a llegar". El virus llegó, pero hizo escala primero en los países del hemisferio norte, que atravesaban un crudo invierno. El coronavirus, gustoso de los climas fríos y de la gente apretada, no aguantó los primeros días de calor que decidió conocer el fin del mundo, atraído por las reuniones familiares, los besos y los abrazos.

20 de Marzo del 2020, cuarentena, el virus está instalado en el país, ya visitó Chaco, y Córdoba, y planea extender su visita. Las escuelas cerraron al igual que algunos negocios, los permisos para circular aparecieron, las familias dejaron de reunirse, y los amigos también; los abrazos se terminaron, y los besos también. La distancia, el alcohol en gel, la mascarilla y los protocolos se convirtieron en armas de defensa ante lo invisible.

...

Es la primera vez que sale Lucas después de proclamada la cuarentena. Había tomado nota de todas las medidas a respetar para salir de la casa, como también de los recaudos a la hora de ingresar al hogar. Sale con su barbijo en mano y observa si hay alguien que lo juzgue por ello, camina atento si pasa algún vecino para ponerse el barbijo. A lo lejos ve una fila de personas que toman distancia entre ellos en la parada del colectivo, e inmediatamente se pone el barbijo y se coloca detrás de una joven de pelo largo que lleva una botella con rociador con un líquido transparente. Detrás suyo se coloca un hombre que no respeta los dos metros de distancia, a lo cual otro que salía de su casa le pide que mantenga la distancia. El hombre que está detrás de Lucas pide perdón y se aleja. El colectivo llega de inmediato, ya que por la cuarentena circulan más rápido. El chofer está cubierto con una cortina transparente de baño y a los primeros asientos los decoró con una cinta amarilla de precaución que parece decir un rotundo "aquí no te sientes", y que pide con firmeza que se sienten por separado una persona por asiento. Una joven que tiene al frente rocía el asiento y sus manos con alcohol antes de sentarse. Los pasajeros la miran con extrañeza. El chofer repentinamente cierra la puerta dejando sin subir a dos jóvenes que piden por favor subir.

- Los asientos están ocupados y no me permiten llevar a nadie parado- les dice el chofer. Y arranca.

Antes de la cuarentena la gente viajaba apretada unas con otras, y no importaba que el codo de alguien estuviera a punto de descostillarte. Se sentían privilegiados de poder subir a pesar de que había gente sentada en los lugares no permitidos, se fumaban los olores ya que lo importante era llegar y no el cómo, cerraban o abrían las ventanillas seguros que nadie los retaría. Hablaban a los gritos y se reían fuerte. De un día para otro todo eso se terminó: la gente mira mal y menean la cabeza de lado a lado a quien se sienta a su lado, al que va parado, al que se ríe, al que habla fuerte y hasta al que cierra la ventanilla. Y se aleja y pone cara de horror a quien estornuda y tose, lo haga con un pañuelo o con el pliegue del codo.

...

"Recomendaciones a pasajeros de transporte público:

• Usar barbijo casero o tapaboca. • Estornudar en el pliegue del codo. • Mantener la distancia con otros pasajeros en la fila. • Respetar el distanciamiento dentro del transporte. • En colectivo, ascender por la puerta posterior. • No sentarse en la primera fila de asientos de colectivo. • Respetar el aislamiento del conductor de colectivo. • Si se puede, evitar usar el transporte público: usar el automóvil, la bicicleta o la moto. • Recordar que solo pueden circular con permiso quienes están exceptuados de cumplir el aislamiento obligatorio." (Ministerio de Transporte, Argentina)

...

Lucas baja del colectivo y se coloca alcohol en las manos, las pone en sus bolsillos como para asegurarse de no tocar nada y camina unas cuadras rápidamente, esquivando a los transeúntes y manteniendo la distancia que le permite la vereda. Se cruza con María, una amiga de la secundaria con la que había quedado para ir al supermercado. Apenas la puede reconocer con el barbijo de brillos que lleva, hecho por ella misma la noche anterior. Se miran a lo lejos confusos de cómo acercarse o saludar, hacen algo parecido a una reverencia, como si de un momento para otro hubieran realizado un rápido viaje a la cultura asiática, para que después él, dudoso, muestre su codo y ella, tímidamente, acerque el suyo, y achinen los ojos para mostrar la alegría de volver a verse.

Desde el estacionamiento ya se puede ver la larga fila de changuitos que se van formando desde la entrada del supermercado. Afuera, un trabajador del lugar pide que se ingrese uno por grupo familiar. María agarra un changuito y lo desinfecta, Lucas hace lo mismo y ambos se colocan en la fila. La cola avanza rápido ya que se le pide a los clientes que sean razonables con el tiempo de compra. Cuando llega el turno de María para entrar se encuentra al personal de seguridad que no solo se encarga de sellar los bolsos grandes con una cinta sino que controla el ingreso y con una pistola toma la temperatura y asegura la desinfección de manos. María camina despacio hacia el stand de galletas esperando la desinfección de Lucas cuando de repente otro personal de seguridad que se encuentra dentro del supermercado pregunta con una voz firme y fuerte:

- ¿Ustedes vienen juntos? ¡No se permite el ingreso de a dos!
- No, no venimos juntos- le respondieron al unísono.

Ellos continúan sus compras manteniendo la distancia pero de vez en cuando se acercan para reírse de lo sucedido y hablar un poco. María le comenta que aparte de hacer las compras para ella y sus amigas también se había comprometido en hacerle las compras a su vecina Helena, una señora mayor, 70 años, que vive en su mismo edificio. Lucas trata de tocar lo menos posible los productos, agarra lo que necesitaba, mientras que María toquetea todo, y le muestra las ofertas, los productos que menos le gustan y los que más le gustan. Él la mira con extrañamiento y miedo, le pide que no toque todo, que se cuide. "Tranqui, traje alcohol, no pasa nada", le responde ella. Mientras hablan miran para todos lados, para ver si el de seguridad está cerca, y cuando lo ven, siguen caminando, y fingen no conocerse. El joven de seguridad que aparenta no tener más de treinta años controla desde la línea de cajas, pasillo por pasillo, vigilando que se respeten las medidas y si ve parejas les pide amablemente que una de ellas se retire.

- ¡No pueden entrar parejas!
- Nos conocemos, pero no venimos juntos.
- Entonces mantengan la distancia por favor.

Las cajas están cerradas. Ya no se puede pasar por donde normalmente pasaban sino que tienen que dejar sus compras en la cinta de la caja y dar la vuelta para evitar pasar cerca de la cajera o cajero. La zona de la caja está rodeada por una mampara de plástico y equipada con un rociador con alcohol, con el que limpian la zona de caja al terminar de pasar los productos. María pone sus compras en sus bolsas de tela, en una la mercadería para su familia y en otra bolsa las compras para su vecina; Lucas, en cambio, coloca sus compras en su mochila, paga, y a la salida se desinfecta las manos al igual que María, se codean y cada uno se va a su casa.

Antes de la cuarentena ir al supermercado era como ir de paseo a un shopping: siempre estaba lleno de gente, iban familias enteras, se veía niñez corriendo, llorando, pidiendo, las enormes colas que se formaban en la zona de cajas, el personal de seguridad charlaba tranquilo en la entrada, solo miraban a la gente que entraba y salía. No existía la distancia a la hora de agarrar una oferta en las carnes, el cajero o la cajera se tomaba su tiempo con el cliente, comentaba los descuentos, las ofertas y si estaba copado/a tiraba una receta. Hoy el super está vacío, la gente realiza su compra rápido, el/la cajero/a te habla lo justo y lo necesario para que se entienda, con muchas capas de protección, barbijo, mascarilla, y el plástico. La seguridad te persigue, te apura, y se asegura la desinfección de los demás.

"Medidas para supermercados:
• establecer un horario de atención al público de al menos 13 horas para evitar la concentración de clientes. • tener personal que controle el acceso y evite la acumulación de personas en los locales. • señalizar los lugares de espera. Mantener una distancia de un metro y medio entre cliente y cliente en línea de caja o donde los clientes formen fila para ser atendidos. • tener carteles, audios y materiales de prevención para los clientes." (Resolución 101/2020, Secretaría de Comercio Interior)

...
María vive a dos cuadras del supermercado, en un departamento pequeño con dos amigas. Antes de ingresar a su edificio se desinfecta las manos, toma las llaves y entra, mira de reojo al ascensor pero se dirige directamente a las escaleras. Mientras sube evita tocar las barandas y levanta las bolsas para evitar que toquen el suelo. Cuando llega al segundo piso va directo al departamento de su vecina Helena, deja la bolsa con las compras frente de la puerta, golpea dos veces y se aleja casi dos metros. Helena abre despacio la puerta y al ver las bolsas se asoma para ver a María, saludarla y darles las gracias. Helena está bien protegida, tiene puesto un barbijo de plástico y unos guantes de goma naranja, y en la mano un rociador con alcohol con el que empapa las bolsas antes de entrar a su departamento. María y Helena intercambian un par de palabras y se despiden.

"Protocolo para la prevención y control de COVID-19 en personas de 60 años o más:
• Distancia interpersonal mínima de 2 metros. • Utilizar medios electrónicos para la realización de gestiones personales (consultas, pagos, trámites, compras, etcétera). • No utilizar el transporte público, salvo extrema necesidad, y evitar el desplazamiento en horas pico. • Posponer actividades que no sean necesarias o esenciales (Ejemplo: turnos médicos programados, visitas, etc.) • Permanecer en el domicilio y evitar el contacto físico con otras personas • Evitar contacto con personas con síntomas respiratorios o personas que volvieron de zonas afectadas en los últimos 14 días. • No asistir a lugares de alto tránsito y aglomeración de personas." (Ministerio de salud, Gobierno de la provincia de Buenos Aires).

...

María va a su departamento, entra rápidamente, deja las bolsas en la cocina y a los gritos les pide a sus amigas que desinfecten las compras, que en un rato vuelve porque tiene turno para hacerse una radiografía, y sale a la calle de nuevo. Al llegar al hospital encuentra vacías las ventanillas de la recepción, solo hay una lista de todas aquellas especialidades que no están atendiendo. Solo funciona la guardia médica que se encuentra a la vuelta del hospital. En la entrada hay un circuito a seguir para aquellos pacientes con síntomas de COVID, para que no se crucen con pacientes que no están infectados. María se dirige a radiología. En la sala de espera solo hay una persona. Llega hasta la puerta donde tiene que mostrar la orden de práctica y el turno que tiene. Esta puerta, que es de madera, está dividida en dos, y en la parte de arriba tiene una ventanilla de plástico con un cartel que dice: "TOQUE LA PUERTA Y ESPERE A SER ATENDIDO". María toca la puerta y espera. A los cinco minutos la mitad de arriba en donde está la ventanilla de plástico se abre, y aparece una mujer cubierta de pies a cabeza con barbijo, máscara facial, camisolín, y guantes. En ese momento un hombre que se encuentra en la sala se para repentinamente al ver a la mujer y se acerca a la ventanilla. María se aleja para respetar la distancia con el hombre de la sala.

- Disculpe Doctora, pero hace 15 minutos que estoy esperando la radiografía -dice el hombre de la sala.

La radióloga frunce el ceño e inclina la cabeza como dando señal de no haber entendido lo que el hombre de la sala dice, a lo que éste, al ver el gesto, se saca el barbijo y vuelve a decir lo mismo. La radióloga se aleja abriendo bien los ojos.

- ¡Señor no se saque el barbijo! ¡Y aléjese de la ventanilla! Ya le dije que su radiografía la tiene su odontólogo, tiene que ir con él.

El hombre de la sala se coloca bien el barbijo, dice gracias, y se va. María se acerca nuevamente a la ventanilla, desliza su turno y la orden de práctica por debajo de la ventanilla de plástico.
- ¡No, no los deslices por debajo! Apoyá la orden en la ventanilla, no puedo agarrar los papeles -le dice la radióloga.

María apoya los papeles tal y como se lo ordena la radióloga. A lo que ésta le pide que tome asiento, que ya iba a ser atendida. Pasan unos diez minutos y la puerta se abre por completo: la llaman a María a pasar. Al entrar le indica dejar sus pertenencias en una silla que ha sido desinfectada con alcohol previamente y que se acomode en el sillón, advirtiéndole que se encontraba húmedo por el alcohol. María se sienta y la radióloga le rocía las manos con alcohol, le pide que no se toque la ropa y que la espere unos segundos. Al regresar le realiza la radiografía y María vuelve a su casa.

Es raro observar un hospital vacío, con poca gente, con ventanillas cerradas, con un personal totalmente cubierto como si recién terminaran de hacer una cirugía importante, manteniendo sus manos arriba para evitar tocar cosas innecesarias. Antes de la cuarentena la sala de espera estaba llena de adultos, niños, abuelos todos esperando a ser atendidos. La gente entraba al hospital por la puerta principal, como también por la guardia, las distancias eran cortas, hasta con el mismo personal de salud, los pacientes saludaban a su médico/a de cabecera con un beso o estrechándole la mano. Hoy evitan cualquier acercamiento, los miran extrañados o tratando de reconocerlos.

“El personal de salud se encuentra en la primera línea de la respuesta al brote de covid-19 y, como tal, está expuesto a situaciones que lo pone en riesgo de infección. Los riesgos incluyen exposición a patógenos, largas horas de trabajo, angustia, fatiga, agotamiento ocupacional, estigma, violencia física y psicológica.” (Ministerio de Salud, Gobierno de la Provincia de Buenos Aires)

...

2021, el virus persiste, y hoy está más fuerte, no distingue clases, etnias, género, ni edad, pasea de norte a sur, de este a oeste, visitando las más grandes mansiones hasta las más humildes casas. Sin embargo, este año es diferente, Lucas, María, Helena, las amigas de María, el chofer del colectivo, el hombre de la sala y la Radióloga, saben a qué se enfrentan, cada uno prepara sus equipos, desde el barbijo casero y el alcohol en gel hasta la cortina de baño, desde el camisolin, el barbijo N95 hasta los guantes naranja de goma. Cada uno sabe el protocolo a seguir después de un año de práctica.

2021, las vacunas están, el protocolo está, y la esperanza de que esto pasará, también.

Escuela IDAES
UNSAM